

GUILLERMO LORA

**RECUERDOS SOBRE
CÉSAR LORA, ISAAC CAMACHO
Y
JULIO CÉSAR AGUILAR**

**La Paz - Bolivia
1975**

Ediciones

MASAS

ADVERTENCIA

El folleto que va a leerse fue escrito en 1975, pero lo reproducimos en esta parte para complementar lo que se tiene dicho acerca de César Lora, que de todas maneras se ha puntualizado muy poco acerca de su formación.

Es una característica boliviana una especie de desprecio por la biografía de los militantes revolucionarios. Se olvida que esa gran novela que es la vida de los luchadores está preñada de enseñanzas sobre la ideología revolucionaria y sobre la propia historia social del país.

LOS EDITORES, 1996

RECUERDOS SOBRE CÉSAR LORA, ISAAC CAMACHO Y JULIO C. AGUILAR

Por Guillermo Lora

Los camaradas César Lora, Isaac Camacho y Julio C. Aguilar, juntamente con otros, son mártires de la causa trotskysta y también del proletariado nacional, esto aunque así no lo hubieran declarado el Cuarto Congreso de la COB y la Asamblea Popular. Se trata de incansables e intransigentes luchadores que cayeron en plena batalla.

Los sobrevivientes de tantos episodios trágicos estamos orgullosos de ellos y tenemos especial interés en remarcar sus grandes virtudes para que los nuevos militantes los imiten, para que sean el espejo en que se miren. Forman ya parte de la tradición partidista, sin dejar de ser parte de su presente. Sin embargo, es preciso remarcar, ahora más que nunca, que tenemos también la obligación de señalar, sus limitaciones y sus errores, sólo así podremos aprender de la rica experiencia, de la experiencia, que nos han dejado. No buscamos crear una leyenda para sustituir a la realidad. La historia no está hecha por dioses infalibles, por seres sobre naturales que vinieron al mundo ya como marxistas formados, etc, sino por hombres normales, con virtudes y defectos, y en condiciones predeterminadas. La ignorancia y la mala fe, que no puede menos que ir contra la historia y apartarse del camino revolucionario, se ven precisadas a crear mitos e imposturas para llenar el vacío provocado por la carencia de ideas; como quiera que se encuentran al margen del programa del proletariado precisan falsificar los hechos a fin de impresionar a posibles nuevos prosélitos o para poder consolarse por las fechorías que hacen a diario. Son deliberadamente falsarios y desarrollan la "teoría" de que la lucha revolucionaria permite todos los recursos, incluso los más innobles. No. Para los revolucionarios la autocrítica es necesaria tratándose también de los militantes más apreciados. Buscamos comprender debidamente a nuestros héroes, no convertirlos en ídolos intocables. Esta última actitud debe ser rechazada por contra-revolucionaria, por no decir stalinista; también en este plano es la verdad la que sirve a la revolución.

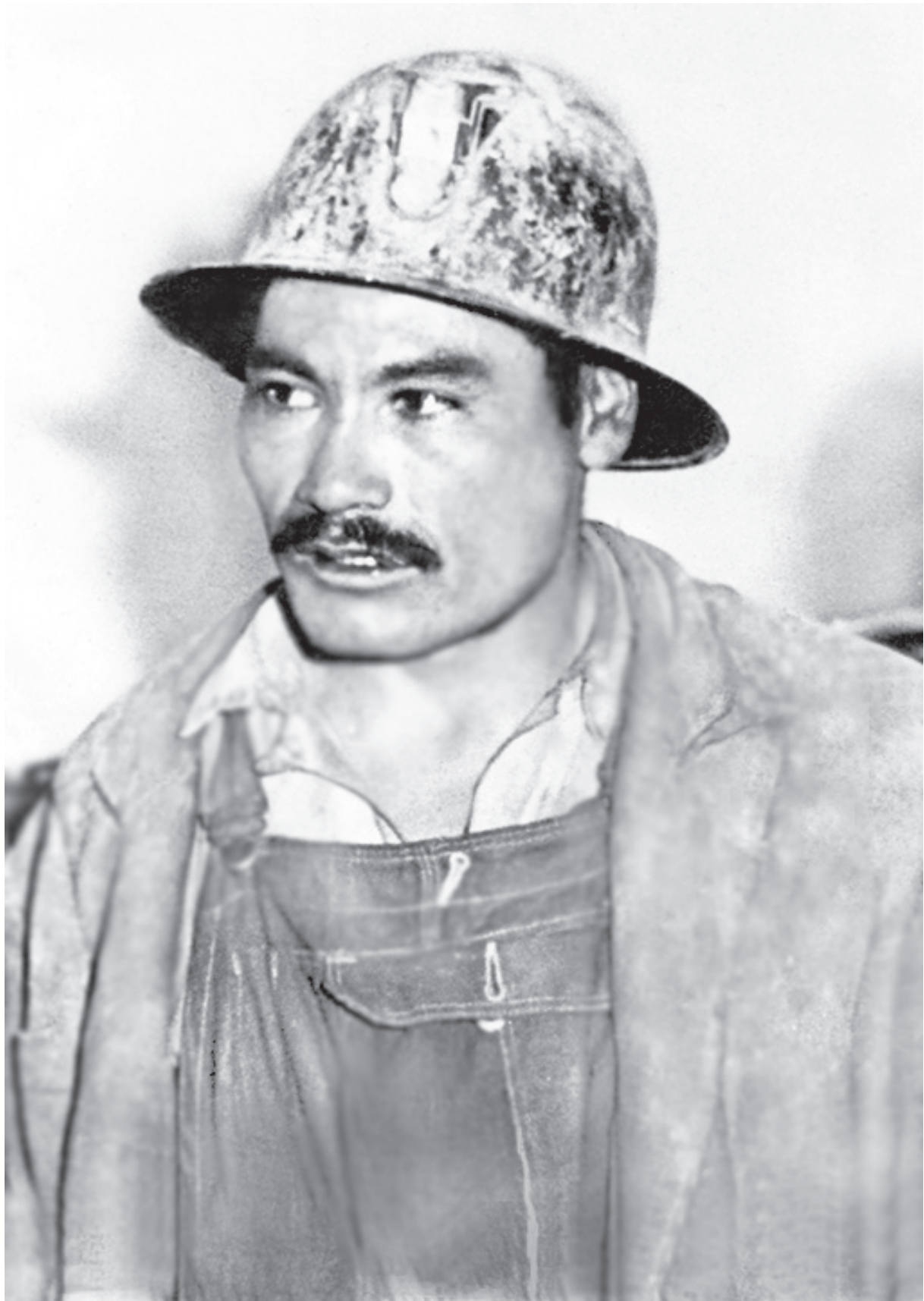
Nuestro cálido y sincero homenaje a los camaradas desaparecidos no nos impide analizarlos con el prisma de la crítica. Buscamos así contribuir, cierto que modestamente, al fortalecimiento de nuestro Partido. Las notas que siguen se detienen deliberadamente en dar el toque humano de quienes demostraron estar hechos del mejor acero para la lucha descomunal contra el enemigo de clase.

Guillermo Lora
Octubre de 1975

I

CÉSAR LORA SU ORIGEN

Hasta el momento no se ha explicado satisfactoriamente la formación de este camarada hasta los primeros años de su juventud, los factores que influenciaron en la configuración de su personalidad, las primeras ideas que contribuyeron a fisonomizar su pensamiento, lo que constituye una falta de mucha monta si se tiene en cuenta que se trata de la cumbre porista más elevada en el campo sindical, como lo es José Aguirre en el político. Se puede decir que con estas dos figuras el Partido Obrero Revolucionario ha demostrado como organización marxista lo que puede dar, se ha realizado en el plano de la militancia.



CÉSAR LORA

César Lora nació y creció en un hogar que no pudo escapar de las particularidades propias del largo proceso de desintegración de las acomodadas y altas capas de la clase media chuquisaqueña, como resultado del desplazamiento del eje económico del Sud del país hacia el Norte, de los sectores sociales que tenían los pies asentados en la explotación del campesino en el agro y en las minas, hacia los que se dedicaban preferentemente al comercio.

Bolivia conoció estremecimientos económico-sociales con el advenimiento del liberalismo al poder. Este proceso arrojó por la borda, en la "culta Charcas", a camadas íntegras de jóvenes empobrecidos de la noche a la mañana y fueron lanzados hacia las minas en busca de fortuna y de aventuras. Señoronas acostumbradas a pasar el tiempo en las iglesias y propalando rumores y sus retoños no tuvieron más remedio que "ensuciar" sus manos y sus apellidos con trabajos diversos y con el comercio. Ciertamente que sólo los elegidos conocieron los halagos del éxito, los más fueron destrozados por la fiebre de las libras esterlinas, en ese entonces acuñadas con oro. Sus vidas se entrecruzaron con corrientes humanas que desembocaban en el agro. Los hogares formados partiendo de esta hibridación social mostraban tremendas desigualdades y contradicciones internas y en ellos mandaba sin atenuantes el varón, que vivía añorando a sus antepasados y a su ciudad. Era palpable el choque entre el primitivismo, la barbarie y el remedo de civilización.

César miraba hacia la ciudad, hacia el mundo de las ideas y de las teorías de avanzada, a través de su padre, Enrique Lora, que acaba de morir a los 83 años de edad plétoricamente vividos. Este decía que veía en su hijo, al que quería entrañablemente, por otra parte, reproducida su propia juventud volcánica. Este viejo de recio temple y de energía inagotable, llegó en su época moza a Uncía, venía juntamente con su madre y su hermana menor, atraído por la boya de "La Salvadora". Debutó realizando algunos trabajos de auxiliar en la caótica "Empresa Estañífera Llagagua", frecuentando amigos y siendo el protagonista de historias amorosas turbulentas; en síntesis era un simpático juerguista, siempre con la mano abierta para derrochar el dinero ganado. No se conformaba con la idea de acabar sus días en una empresa tal o cual, en fin, sirviendo a extraños, tenía bien metido en el cuerpo el demonio de la aventura, de ir osadamente al encuentro del golpe de la fortuna, capaz de enriquecerlo de la noche a la mañana. En efecto, dedicó muchos años a buscar y descubrir minas y vetas de diversos minerales, a organizar pequeñas empresas, pero concluyó fracasando, envuelto en deudas y en los guarismos de los libros de contabilidad. Fue el descubridor de la riquísima mina Chokco, que más tarde sería escenario de los esfuerzos poristas y del mismo César Lora encaminados a cooperativizarla y convertirla en fortaleza de los revolucionarios. Esa mina espera que la ciencia resuelva el problema de separar el estaño de una endemoniada gama de complejos, caso similar al de Villa Apacheta.

A Enrique Lora le sobraba coraje, ánimo de trabajo y de aventura, pero no tenía mentalidad capitalista. Seguidamente recorrió las embrolladas y bellas quebradas que separan y unen los departamentos de Potosí, Cochabamba y Chuquisaca, buscando modernizar las actividades agropecuarias, esto cuando no habían caminos ni puentes para salvar las distancias y los ríos impetuosos. Las tierras que poseyó volvieron a poder de sus ancestrales dueños: los campesinos. Enrique Lora tuvo influencia decisiva en la formación de César Lora, le transmitió su bondad y desprendimiento sin límites, su apego a las empresas riesgosas, su férrea voluntad, su valor físico, su desprecio a los prejuicios sociales. Es interesante anotar que el padre ya envejecido y cuando su recia textura física mostraba huellas de haber sido minadas por las dolencias, gustaba recordar su pasado liberal y su voluntaria adhesión a las ideas comunistas, más por ser las ideas de sus hijos que por convencimiento doctrinal.

Por el lado materno había un hilo que conducía al campo, al atraso, al primitivismo y al estancamiento; pero no a lo puramente indígena, pues la madre, que casi no dejó huellas en su carácter y hábitos, era testimonio de una historia misteriosa, aunque no extraordinaria, del paso de un español de sotana por esas grandes concentraciones humanas que se levantan al borde de las comunidades indígenas. Hay fotografías que muestran su belleza y su mirada extrañamente escrutadora. En su primera juventud anduvo con sus parientes por el norte chileno, lugar donde emigraban los bolivianos en busca de trabajo.

Un documento militar proporciona el dato de que César Lora nació el 15 de agosto de 1927, probablemente en la propiedad rústica de su padre y pasó su niñez en Uncía, a cuya escuela concurrió. Pasó una parte de su vida en el campo y debutó en sus inquietudes sociales como el natural portavoz de los aborígenes, antecedente que no impidió que decididamente, más tarde, se identificase con el proletariado, la clase revolucionaria de nuestra época. En alguna forma continuó en la línea de modernización de la explotación del campo que había intentado su padre. Ayudado con un manual de avicultura, hacía ensayos en cientos y cientos de pollos que no encontraban mercado, desgraciadamente.

Hechizo del ambiente revolucionario

Sus padres no fueron revolucionarios y el marxismo no le llegó a través del canal único de los libros, como generalmente ocurre, o de la influencia de los discípulos, de quienes se apartó muy tempranamente. Hasta su adolescencia no demostró ser un muchacho apegado a los libros, pese al antecedente de su hermano mayor que sí lo era y en exceso, y que nunca se cansó de proporcionarle material de lectura.



CÉSAR LORA

Algún impostor ha dicho que no pasó por la escuela y que las ideas revolucionarias le brotaron de las vísceras, todo porque era un ser sobrenatural. No. Ya hemos dicho que frecuentó la escuela. La cuestión es otra y en cierta manera reproduce lo que le ocurrió a su padre; la excepcional vitalidad e inteligencia que explotaban en él no pudieron ser contenidas y canalizadas por la pedagogía, no pudieron comprenderlo los maestros porque estaba mucho más allá que todos los esquemas. Como tantas veces ocurre, era una naturaleza bullente y en permanente rebelión contra los que pretendían colocarle el chaleco de fuerza del silabario y de la palmeta. Al dómine rutinario seguramente le parecía un espíritu diabólico, cuando exhudaba ternura por todos los poros, sentimiento que se volcaba hacia sus hermanos y hasta a los animales. La escuela le resultó una cárcel; para realizarse necesitaba mayor amplitud, una irrestricta libertad, un escenario salvaje. Desde sus primeros años aparecía como el cabecilla natural de las bandas de rapazuelos. Era el amo de las montañas y riscos. Uno de sus amigos de las aventuras primerizas cuenta cómo daba pruebas de su voluntad de hierro: para probar su poderío se destrozaba los puños golpeando a las paredes; reunía cientos de jilgueros y los criaba, etc. Adquirió agilidad y fortaleza excepcionales, podía coger a un zorro en veloz carrera o dominar al potro más brioso.

Como ocurre con frecuencia con inteligencias y voluntades privilegiadas, era un mal alumno, excesivamente indisciplinado y voluntarioso, estaba; acaso este hecho influyó negativamente en él, no llegó a adquirir la necesaria disciplina para leer y estudiar sistemáticamente, mostraba las huellas del autodidactismo: una formación intelectual hecha, con numerosas lagunas, etc. La escuela pocas veces logra encaminar hacia la superación a temperamentos tan impetuosos como los de César y generalmente los malogra.

Ni los padres ni sus condiscípulos lo llevaron hacia la actividad revolucionaria; su encuentro con el extraño y cautivante mundo de la conspiración tuvo lugar en circunstancias especiales y hasta cierto punto excepcionales.

Por la presión y consejo de sus hermanas mayores se trasladó hacia Oruro (a los 13 o 14 años), llevaba la firme decisión de ingresar al Politécnico de la Universidad Técnica y así reconciliarse con el estudio y hasta complacer a sus familiares; pero, como era habitual en él, no portaba ningún certificado de estudio y los obstáculos que se levantaron en los trámites de inscripción no pudieron ser salvados.

Por ese tiempo parecía que tenía resuelto estudiar e inclusive llegó a asistir a un curso de inglés, pero no se materializó su ingreso a la UTO, frustrándose así sus planes de lograr una profesión. Siempre demostró poseer una gran capacidad para la mecánica y una imaginación creadora.

Durante su permanencia en Oruro le tocó compartir una humildísima habitación con su hermano mayor; éste realizaba su curioso aprendizaje revolucionario y se encontraba totalmente absorbido por su actividad conspirativa. Era un joven estudiante, aunque en ese entonces se abrió un breve paréntesis en su carrera universitaria, enflaquecido por muchos ayunos y trabajos forzados (todo esto supone la vida partidista), metido en una sumaria y gastada vestimenta en el gélido altiplano, vivía totalmente inmerso en los libros, en la actividad de la célula y en sí mismo. Daba la impresión de encontrarse al margen de la sociedad. Esa aparente humildad encubría un concentrado orgullo y cierta actitud despectiva hacia las otras personas, hacia los modales más sencillos, hacia todo lo superfluo y los compromisos sociales. Sabía que el frío y el hambre azotan despiadadamente a los organismos desnutridos pero de sus labios no salía ni un lamento.

Pilas de libros y de papeles montaban guardia a raídas frazadas tendidas en el suelo y en la miserable habitación, oscura, sin ventilación, sin muebles, no había más que un maltrecho anafe destinado a cocer patatas.

Todos los esfuerzos y recursos estaban destinados a poner en pie células poristas, a agrupar obreros y a adoctrinarlos. El Partido Obrero Revolucionario vivía entonces uno de sus momentos cruciales; se había lanzado al seno de las masas, dejando atrás el período de grupículo intelectualoide de propaganda. Sin saberlo César se convirtió en contribuyente de esta afiebrada actividad encarnada en su hermano, que tenía su voluntad y sus nervios tensos y dirigidos a su objetivo de organizador y de maestro primerizo de obreros y universitarios; parte de los centavos que llevó para alimentarse pasaron a sostener la propaganda trotskysta.

Ese ser taciturno, que casi no hablaba con su pequeño hermano, que no traducía su cariño en confianza, parecía un poseso; leía un libro por día, resumía, escribía cursos para obreros y redactaba una revista policopiada ("Documentos") con pretensiones teóricas, sin que nadie pudiese apartarlo de ese camino.

Desaparecía por las noches y a veces días enteros, que estaban destinados al encuentro con obreros y estudiantes, a planificar el trabajo, etc.

César observaba todo esto, entre atraído y aterrado por ese mundo subterráneo, sin penetrar en el secreto de la actividad conspirativa. Leyó algunos papeles, hojeó libros, folletos y revistas y así tuvo su encuentro con la actividad revolucionaria. Su hermano, sin darse cuenta, fue su iniciador en ese camino cautivante, apasionante, lleno de abrojos y despeñaderos que es la política.

Entre el marxismo y el nacionalismo

El país todo fue profundamente sacudido por el vehemente, apasionado y clarividente llamado de la Tesis de Pulacayo. Clarinada que convocó a la clase obrera a estructurarse política y organizativamente de manera independiente, a colocarse a la cabeza de las masas que protagonizaban la lucha contra la restauración oligárquica y rosquera, a concretizar la consigna de nacionalización de las minas mediante su ocupación o la acción directa de masas, a consolidar la alianza obrero-campesina, la revolución obrera que haga posible la dictadura del proletariado o gobierno obrero campesino.

Además de mensaje de los mineros radicalizados, era la palabra del trotskysmo y del Partido Obrero Revolucionario, dicha el voz alta y desafiante. En la historia del marxismo boliviano nunca hubo un documento más impactante y de mayor trascendencia histórica. Con la Tesis de Pulacayo el Partido Obrero Revolucionario penetra profunda y definitivamente en el seno de los explotados.

El que arengaba al país desde el mineralizado macizo de Pulacayo y de un modo tan atronador, era el mismo conspirador de la miserable covachuela de Oruro, esta vez encarnando a una minoría avanzada del proletariado.

El universitario llegó al congreso minero integrando la delegación de Llallagua (bajo este nombre se identificaba en ese entonces el distrito minero de Siglo XX). Desde entonces el apellido Lora no dejaría de figurar en la historia de la ciudadela más aguerrida de los trabajadores.

Nuestros adversarios políticos han objetado que todo esto no fue más que el resultado del azar, de un inesperado golpe de la fortuna. Se olvida que la Tesis de Pulacayo sintetiza los objetivos históricos de la clase obrera y que es el producto de una serie de actos y documentos previos, que hablan de la lenta penetración trotskysta en los sindicatos.

La Tesis de Pulacayo se apoderó del jovenzuelo César Lora, pues cayó en terreno suficientemente abonado. El país todo se dividió entre partidarios e impugnadores de tan memorable documento.

En el caso del joven César, la primera impresión que tuvo de la actividad conspirativa, con todo el romanticismo que despierta en las mentes juveniles, adquirió su expresión política elevada en la Tesis de Pulacayo, este escrito fue su primer programa político y marcó su encuentro con el trotskysmo.

Sus primeros pasos de rebelde los dio en defensa de los campesinos, lo que, por otra parte, resultaba normal. Su padre, después de sus numerosos y frustrados empeños por convertirse en empresario minero, buscaba, con la ayuda de su hijo César, sacar adelante la explotación de una propiedad agrícola. El hijo no entendía bien esos propósitos y seguía una línea opuesta a la de su padre: regalaba todo lo que podía a los campesinos, esta fue su primera manera de identificarse con el hambre y el dolor de éstos.

Cuando se hicieron evidentes los sacudimientos de la convulsión del agro, César Lora, apareció, casi naturalmente inmerso en la masa campesina, siguiendo los canales y organizaciones ancestrales. Orientó e inspiró a los agitadores de las nacionalidades nativas. En cierta manera, primero fue dirigente campesino y solamente después del proletariado minero.

Desde el congreso minero de Pulacayo (1946) se identificó con el proletariado, sin ser todavía asalariado, y orientó su existencia y su pasión hacia el encuentro con la clase social revolucionaria.

Su trotskysmo -totalmente identificado con el Partido Obrero Revolucionario- era por demás incipiente. Las modificaciones operadas en su forma de pensamiento y de vida se concretizaron en su traslado a Llallagua, a fin de poder estar más cerca de la mina y de los explotados, para tonificarse con el contacto de los obreros. Veía con claridad que la clase social fundamental y directora del proceso revolucionario era el proletariado y no el campesinado. Para luchar junto a los explotados de las ciudades y de las minas había que transformarse en asalariado.

La dura lucha del sexenio contra la rosca, la gran minería, y el gobierno militar, ubicó a los activistas del Movimiento Nacionalista Revolucionario, que estaban viviendo su época de euforia anti-yanqui, casi en las mismas posiciones adoptadas por las brigadas sindicales poristas, se puede decir que éstas daban la línea a aquellos. Los obreros afiliados al Movimiento Nacionalista Revolucionario (los más muy formalmente y atribuyendo a su partido las ideas que las consideraban más revolucionarias) se guiaban casi siempre solamente por su instinto de clase, lo que los aproximaba a los poristas.

Durante todo un período hubo un frente táctico entre la militancia del Partido Obrero Revolucionario y la del Movimiento Nacionalista Revolucionario, pese a que la dirección trotskysta desarrollaba sistemáticamente su campaña contra el nacionalismo pequeño-burgués de contenido burgués. Nadie ignora que en cierto momento el hombre de la calle se empecinaba en no ver diferencias entre los poristas y los movimientistas. La confusión ideológica y política flotaba en el ambiente.



A CÉSAR LORA de MIGUEL A. PANTOJA

No tiene, pues, nada de extraño que César Lora hubiese conocido un período de oscilación hacia el nacionalismo (Movimiento Nacionalista Revolucionario), algunos lo consideraron por entonces un militante de dicha tendencia. Es evidente que en esa época solamente estaba seguro que la revolución debía cumplir el programa de Pulacayo y le parecía bien que la hiciese cualquier tendencia. Esta era una corriente muy extendida en los medios obreros.. El Movimiento Nacionalista Revolucionario resultaba atrayente porque aparecía como el polo aglutinante visible y porque la brutal represión rosquera lo presentaba como una dirección revolucionaria tradicional.

No ocultó su repulsa a los militares, particularmente a los componentes de la alta jerarquía, que a lo largo de nuestra historia protagonizaron la represión, casi siempre sangrienta, descargada contra obreros y campesinos. Esa actitud le creó muchas dificultades cuando tuvo que pasar por el servicio militar obligatorio.

No pudo convertirse en soldado disciplinado; su inquietud y su ingenio le empujaban constantemente a romper las normas severas de la disciplina de cuartel y que concluyen destruyendo la personalidad. El comando del regimiento al que fue destinado lo envió a Curahuara de Carangas, desértica y alejada región del departamento de Oruro, en calidad de castigado por su constante fricción con sus superiores. En esa especie de fortín perdido en la altiplanicie andina, los soldados apenas podían sobrevivir con la magra alimentación que les proporcionaban, hecha sobre todo en base de carne de llama y de quinua.

Nuestro personaje encontró en el lugar de su confinamiento a José Fellman Velarde, de quién se hizo su amigo. Este viejo militante movimientista -y de origen fascista- estaba castigado por remiso, por no haberse presentado oportunamente al cuartel, y ejercía indudable influencia política sobre algunos soldados, entre los que se contaba el famoso Zacarías Plaza (después de 1952 apareció convertido en oficial del ejército), oriundo de las proximidades de Llallagua y que posteriormente se haría visible como principal perseguidor de César Lora.

Con estos elementos protagonizó un motín contra el comandante de Curahuara. Aplacada la revuelta (Fellman ha escrito temerariamente que se trataba del primer chispazo de una "revolución" movimientista), los conjurados fueron trasladados al Panóptico Nacional de La Paz y sometidos a proceso militar.

César Lora soportaba estoicamente la tortura, el dolor físico y el hambre, pero sobrellevaba con dificultad la privación de la libertad. Era sobre todo un hombre de acción y precisaba para desenvolverse total libertad y un amplio escenario. Con todo, la cárcel le ayudó a madurar.

Su hermano mayor, que estaba empeñado en materializar la Tesis de Pulacayo desde la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia, en la que cumplía tareas de dirigente, y en lograr la nítida diferenciación entre el trotskismo y el nacionalismo, llegó en su ayuda y recién le proporcionó alguna literatura porista. Inmediatamente César encuentra su eje político y se hace militante porista, se entrega de lleno a politizarse y a la actividad partidista para no abandonarla jamás.

Su contacto con algunos movimientistas -no con el MNR como partido- no dejó la menor huella en su personalidad política, lo que demuestra que no penetró en él la ideología burguesa.

La prueba de fuego

El militante porista tuvo su prueba de fuego tanto en la lucha en el seno de las masas contra el entonces todopoderoso Movimiento Nacionalista Revolucionario como en las batallas en el seno del Partido Obrero Revolucionario contra los pablistas (una curiosa mezcla antitrotskista de ultraizquierdismo y nacionalismo), que sintetizaban sus ideas políticas en la peregrina tesis de que el lechinismo (izquierda del movimientismo en el poder) era el partido obrero y que, por tanto, había que convertirlo en eje de la actuación diaria de la clase obrera, que si no se encontraba ya en el poder estaba, al menos, en las puertas.

César Lora se convirtió en uno de los puntales firmes de la fracción que defendía los principios bolcheviques, tanto en el plano programático como organizativo, y que combatió y desenmascaró a los revisionistas que se deslizaron hacia posiciones nacionalistas.

Su hermano era la figura más visible en esta batalla y César se identificó totalmente con él, ciertamente que no por razones familiares sino por principios políticamente claramente definidos. Se encontraba ya trabajando en Siglo XX y había logrado, a través de una labor descomunal y pese a las condiciones difíciles del momento, aglutinar alrededor suyo a unos pocos obreros, que muy pronto se convirtieron en la columna vertebral de nuestra organización partidista en escala nacional.

A esta altura aún no escribía ni era un orador de masas, se encontraba en la época de su rápido aprendizaje de la teoría marxista y del programa porista, facilitado por la activísima y apasionada lucha interna, tan pródiga en documentos y enseñanzas. Lo que él pensaba acerca de la crisis del POR y de la misma política boliviana se encuentra plasmado en los pronunciamientos de nuestro núcleo celular de Siglo XX. La escisión del POR de 1954-55

adquirió dimensiones colosales y se produjo en condiciones políticas que nos eran desfavorables. Las masas seguían encandiladas por la demagogia movimientista; quedamos muy pocos y privados de todos los recursos materiales. El que el grupo obrero de Siglo XX nos hubiese seguido (los pablistas lograron controlar a algunos elementos de Catavi y también de Siglo XX) constituyó una poderosa ayuda para el trabajo revolucionario.

Como todos saben, uno de los aspectos capitales de la historia de las luchas del POR radica en el análisis marxista, de clase, que hizo de las posibilidades y limitaciones del MNR en su debido tiempo, no después de consumados los acontecimientos, sino como pronóstico político (los documentos al respecto son numerosos y corresponden al sexenio, al propio año de 1952 y también a épocas posteriores); el anuncio de su futura y segura entrega al imperialismo no fue cosa de acertijo, sino rigurosa aplicación a la realidad boliviana de la teoría de la revolución permanente; el país altiplánico no constituye ninguna excepción en lo que se refiere a los rasgos esenciales de las burguesías nacionales en nuestra época, a su incapacidad para cumplir a plenitud las tareas democráticas y a su desplazamiento a las trincheras reaccionarias. Fue de esta manera que se concretizó y perfeccionó el programa partidista, que precisó pasar por medio de las luchas internas fraccionales y de la prueba de los acontecimientos.

En 1975 puede parecer lógico que los marxistas no podían menos que seguir la línea señalada por el trotskismo; sin embargo, en 1952 esa política era para el grueso de los políticos contraria al desarrollo de los acontecimientos y condenó al POR al momentáneo aislamiento de las masas. Levantar la bandera porista importaba colocarse contra el Estado, contra el nacionalismo, que en ese momento vivía su período de mayor pujanza, contra las tendencias izquierdistas teñidas de nacionalismo y de stalinismo, contra la mayoría obrera víctima de la propaganda oficialista y de los peores prejuicios.

Luchar largamente en posiciones minoritarias, rechazado en las asambleas y sañudamente perseguidos, precisaba una firme convicción principista y una férrea voluntad militante, es todo esto lo que César Lora alcanzó en este período. Se puede decir que si el Partido Obrero Revolucionario no hubiese contado con este vigoroso puntal en los centros mineros habría tardado mucho más en penetrar en los sectores mayoritarios de los trabajadores, en esclarecer frente a las masas la demagogia movimientista, etc.

Este ejemplar militante se convirtió en el eje imprescindible de la importantísima tarea (para la estructuración del Partido) de aglutinar a unos pocos de los mejores de la avanzada obrera, que por ese entonces eran los únicos capacitados para comprender la justeza de nuestra posiciones.

Un poco más tarde aparece Isaac Camacho en las minas y que en alguna manera complementa el trabajo emprendido por César Lora, le ayuda a vencer algunas de sus deficiencias y se convierte en su más grande amigo y colaborador. César era la pasión desbordante que conquistaba a los trabajadores, Camacho se dedicaba al trabajo cotidiano paciente para organizarlos.

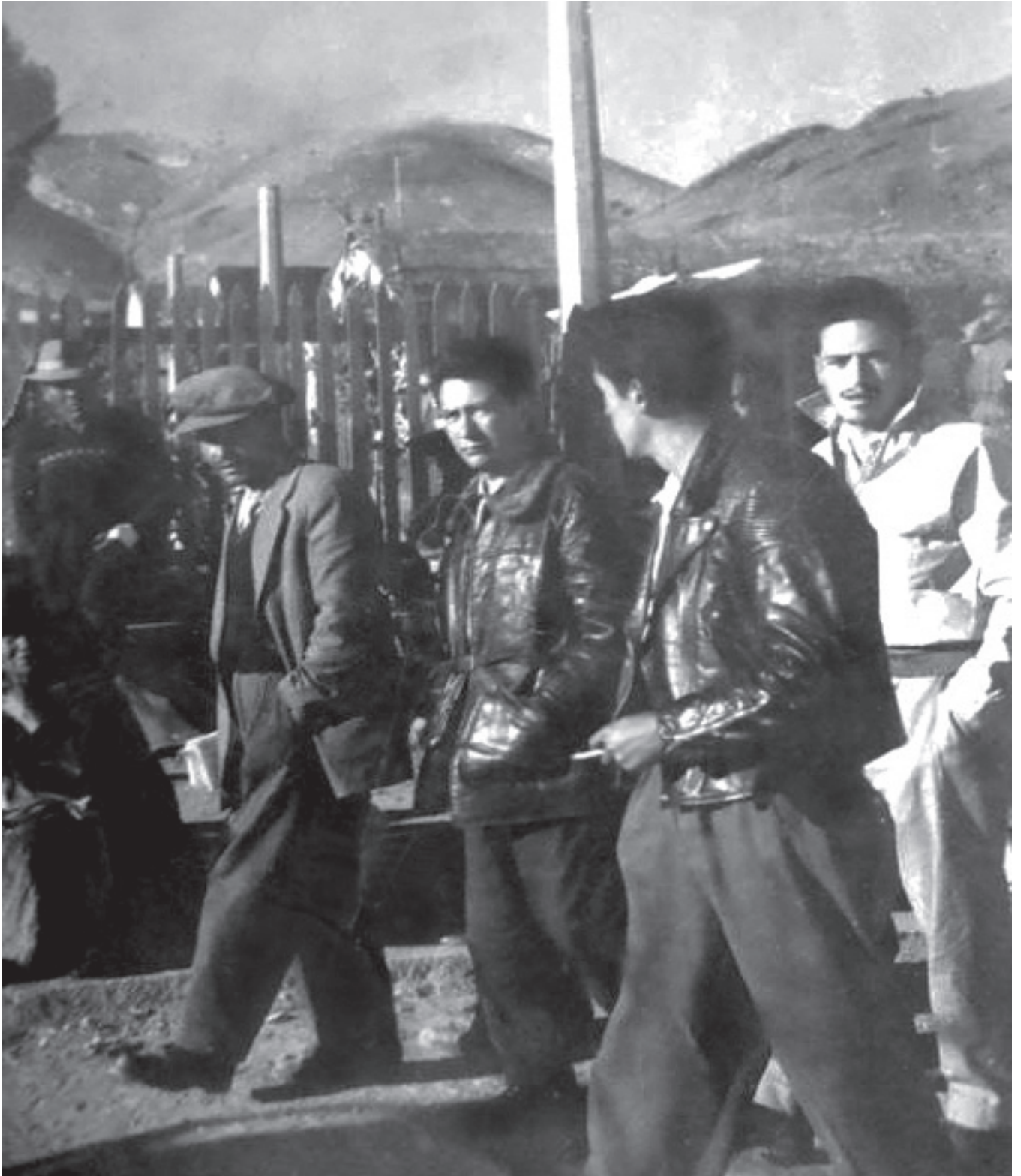
Sería una falsedad sostener que durante este duro período el Partido Obrero Revolucionario, en los primeros momentos debilitado grandemente por la escisión pablista, no sufrió la poderosa presión del grueso de la clase obrera moviéndose dentro de la línea movimientista o no mostró tendencias a la oscilación conciliadora.

Ante las masas se presentaba una férrea línea antimovimientista e internamente se tenía que batallar contra quienes exigían moderar el ataque. Los titulares violentos o hirientes de "Masas" exasperaban a los nacionalistas y atemorizaban a los militantes más débiles (débiles porque no comprendían debidamente los alcances del programa trotskista), que pedían cuando menos un lenguaje moderado y pulcro en las críticas. Los ataques frontales no eran del agrado de estos camaradas y hubieran preferido análisis abstractos, ambiguos, dichos en lenguaje académico. César Lora no se encontraba entre éstos, pues sabía perfectamente que estábamos empeñados en una lucha titánica y de trascendencia para el Partido; era uno de nuestros militantes duros. La experiencia ha enseñado que para llegar hasta las masas y poder convencerlas hay que llamar a las cosas por su verdadero nombre.

Ante la necesidad de penetrar con nuestra propaganda en el grueso de las masas, aunque momentáneamente nos rechazasen, forjamos un periódico sumamente atractivo (esto pese a que generalmente se imprimía en multicopia, debido a la represión que con frecuencia cayó sobre el Partido), redactado en forma clara y breve. Este estilo periodístico, que distinguió al POR por un largo tiempo y fue uno de sus grandes éxitos, se debió en gran medida a César Lora, pues funcionaba como sensible antena entre los obreros, a quienes les leía el periódico y traducía al quechua los artículos fundamentales. El POR fue forjando paulatinamente una herramienta que concluyó taladrando la caparazón creada entre los obreros por la gigantesca propaganda oficialista.

El caudillo obrero

La afabilidad, la tolerancia, la bondad sin límites, la carencia total de prejuicios, caracterizaban a César Lora en la actividad diaria, virtudes que los convirtieron en un poderoso aglutinados de los mejores elementos de la clase obrera. Dio múltiples pruebas de su capacidad para reunir en torno suyo a enorme cantidad de camaradas y simpatizantes. Se trataba de una condición innata del organizador, que, sin embargo, es sólo una de sus cualidades, falta todavía que vuelque en células su influencia.



Izq. CÉSAR LORA, GUILLERMO LORA, ISAAC CAMACHO. Atras FLAVIO AYAVIRI

Se podría decir que hacía su trabajo en sentido horizontal, expansivo, abarcaba con su influencia a grandes sectores de explotados, que se sentían fuertemente atraídos por él, sobre todo porque aparecía como su defensor natural y espontáneo frente a todos los opresores y todas las injusticias. Como se sabe, no acaba ahí el organizador revolucionario; tiene que formar a verdaderos militantes y consolidar las células como elementos básicos y esenciales del Partido. Es esta una labor en sentido vertical. En tal trabajo César Lora mostraba sus fallas, muchas de ellas innatas; acaso le faltaba la paciencia necesaria y tiempo porque estaba absorbido con charlar con todos (se detenía a cada paso a dar la mano a los obreros y a cambiar algunas palabras), y en alguna forma proyectaba sobre la militancia las limitaciones de su formación teórica, que a su vez limitaban su trabajo como organizador, como forjador de cuadros medios, una de las claves para la férrea estructuración partidista. El trabajo diario resultaba óptimo si tenía a su lado a quien se encargase de consolidar la célula y de modelar pacientemente a los nuevos militantes. Muchas de sus fricciones con otros militantes, dentro del Comité Regional de Siglo XX, la críticas que se le hacían con frecuencia, tenía como base estas sus reales deficiencias. Murió cuando todavía no había dado sus frutos más sazonados y se esperaba que sus limitaciones fuesen superadas gracias a esa poderosa herramienta que manejan los partidos revolucionarios: la descarnada crítica y autocrítica.

El caudillo innato que era César Lora aparecía en toda su dimensión cuando se enfrentaba a las masas, no sólo para dar una alta expresión política a las tendencias subterráneas que se agitaban en su seno, sino también para orientarlas por senderos nuevos, para vencer su conservadurismo, y a veces para denunciar sus errores y prejuicios. En los momentos más difíciles, incluso cuando los obreros no estaban de acuerdo con sus ideas, aparecía agigantado, muy por encima de su actuación diaria, así se lo vio en la toma de Huanuni, resistiendo el ataque de las huestes movimientistas timoneadas por Gutiérrez, en Potosí y en Colquiri-San José. Como quiera que tuvo que enfrentarse a los obreros, cuando éstos seguían dócilmente al MNR, contrariando sus altos intereses históricos, tuvo que superar su capacidad expositiva y de persuasión. Su elocuencia fue la elocuencia de la verdad revolucionaria, dicha directa y diáfana, de manera que pudiera ser captada incluso por las capas atrasadas de la clase obrera.

No cabe duda que sus dotes de caudillo emergieron con todo su vigor durante la lucha del POR contra los regímenes movimientistas y contra la dirección oficialista de los sindicatos. Durante este período fue, sobre todo, propagandista y agitador, es decir, transmitía a las masas las ideas elaboradas en el serio de la dirección del Partido y contenidas en su programa. En esta tarea chocó necesariamente con la figura de más relieve del nacionalismo en el campo obrero: Juan Lechín. César Lora fue su gran contenedor, el que aglutinaba a los grupos y sectores que iban desprendiéndose de la dirección movimientista, que se desplazaba a la izquierda y hacia el marxismo. La tarea no consistía en aminorar o disimular las discrepancias con Lenin, sino en desenmascararlo como a la avanzada del nacionalismo de contenido burgués en el seno mismo de los trabajadores.

Pueden leerse los discursos y escritos de César Lora y se comprobará que seguía fiel y lealmente el programa partidista, los acuerdos de sus congresos y de su dirección. Nunca se dio el caso de que pretendiesen utilizar la tribuna o puestos sindicales para imponer al Partido ideas revisionistas; era un militante empapado de las ideas trotskystas y su objetivo era el de ganar a las masas para ellas.

Es fácil comprender que la prédica y la acción de César Lora influenciaban áreas más vastas que las estrictamente poristas, cosa que ya se pudo notar en anteriores experiencias, cuando surgieron de las filas partidistas agitadores y propagandistas de valía. La influencia política del trotskysmo ha sido es y siempre será más amplia que su rigurosa militancia. Se trata de una masa influenciada por nosotros, fluctuante e imprecisa que rodea al Partido.

Pese a todas sus cualidades extraordinarias, no puedo vencer las deficiencias inherentes al autodidactismo. El Partido resolvió en varias ocasiones someterlo a una rigurosa capacitación teórica; los proyectos nunca pudieron traducirse en realidad. Tampoco este magnífico militante pudo superar el abismo que existe entre las limitaciones de la militancia (no realiza una labor teórica creadora), incluso los cuadros medios, y la gran elevación teórica y política del POR, expresada en su programa y en sus análisis de la realidad boliviana. César Lora era, pues, una auténtica expresión del grado de desarrollo alcanzado por el Partido. No llegó exactamente a la altura del programa y de la teoría de su Partido, lo que no supone que en el futuro no podía haberlo hecho. Queremos decir que no era aún un creador de teoría.

¿En qué medida encarnaba el pensamiento porista?

César Lora constituye el más alto exponente del pensamiento obrero revolucionario. Sus condiciones de caudillo excepcional se perfilaban con toda nitidez en el hecho de que logra este sitio sin haberse convertido en oportunista, maniobrero interesado únicamente en ser dirigente sindical no importa a qué precio o en vulgar carrerista. Como cuadra a un buen dirigente porista, buscó orientar políticamente a la clase, llevarla por el camino revolucionario, sin perderse en el reformismo, sin prostituirse. El Comité Regional de Siglo XX, toda vez que se movió bajo su dirección e influencia, subordinó la actuación sindical al gran objetivo de crear una poderosa tendencia revolucionaria dentro de los mineros y rechazó la maniobra de ocultar el programa y las ideas, de concluir acuerdos no importa con qué tienda política a cambio de ganar las elecciones gremiales.

En Siglo XX una sola vez se impuso la fórmula integrada por poristas, pero inmediatamente el gobierno movimientista y la gerencia de la empresa agotaron todos los recursos para impedir el reconocimiento de las elecciones, bajo amenaza de dividir al sindicato. Los trotskystas retiraron sus nombres por considerar que un sindicato poderoso y unitario les permitiría ganar a los obreros para las posiciones revolucionarias, cosa que ocurrió. César Lora llegó a ser miembro de la Federación de Mineros no porque hubiese concluido un frente sin principios con la tendencia lechinista, sino porque, víctima como era de la persecución oficialista, sus enemigos no tuvieron más camino que aceptarlo en calidad de tal.

Es falsa la "teoría" de que desde la dirección sindical se puede dirigir a capricho a las masas o de que quien se adueña de un dirigente laboral se adueña también del grueso de los trabajadores. Razonan así los que quieren ocultar, tras frases sin sentido, su oportunismo sin principios y su aventurerismo en el plano sindical.

Para seguir el camino revolucionario las masas tienen que madurar políticamente, elevarse hasta la comprensión de las proposiciones marxistas; tratándose del grueso de los trabajadores, de las capas normalmente rezagadas, tienen que pasar por las profundas tensiones de la lucha de clases que les permitan sacar a flote sus capacidades de aprehender los puntos ejes del programa del Partido (por ejemplo, nuestra fórmula estratégica gubernamental). Tales son las ideas cardinales del trabajo sindical trotskysta. César Lora interpretó con fidelidad esta concepción, tanto porque la comprendió debidamente como por sus condiciones personales. Es por esto que decimos, sin ningún temor a equivocarnos, que era el gran caudillo obrero y no un simple maniobrero o uno más entre los burócratas sindicales. Volaba alto y veía lejos, en el mejor sentido de la expresión: sus esfuerzos se encaminaban hacia la revolución proletaria y por eso no cayó en momento alguno en el tradeunionismo estéril ni en el oportunismo tan frecuentes.

Sus adversarios políticos, los que se ufanan de su apoliticismo, los que pretenden acomodar el proceso histórico a sus mezquinas ambiciones de provecho personal, no se cansaron de tildarlo de utópico. Era, en realidad, una voluntad y una inteligencia puestas al servicio de un elevado ideal que se confunde con los más grandes intereses de la humanidad. No era un utópico porque seguía la línea marxista, un método que nos permite la debida comprensión de la realidad y coadyuvar al propio cumplimiento de las leyes del desarrollo social; por esto mismo, estaba lejos del pragmatismo y del empirismo. Sus movimientos tácticos estaban subordinados a la estrategia del proletariado, tan claramente expresada por el POR, razón por la que se alejó del sindicalismo apolítico y lo atacó sin piedad alguna toda vez que se presentó la oportunidad.

Ahora podemos observar con toda claridad que su influencia en el seno del movimiento obrero fue decisiva, de mayor significación que la ejercitada ocasionalmente por todos los oportunistas que sacrificaron sus ideas sumarias para poder perpetuarse en las direcciones sindicales. La verticalidad y la intransigencia en la exposición y defensa de las tesis trotskystas centrales calaron hondo en los explotados y perdurarán mientras se encuentre en vigencia la tarea de la conquista del poder político por la clase obrera; frente a esta titánica tarea, lo dicho y hecho por los dirigentes sindicales profesionales han pasado sin dejar la menor huella.

Los escritos, discursos y documentos producidos por César Lora (casi toda su obra, podemos decir) han sido publicados por el Partido y de su lectura se desprende una conclusión que no dejará de sorprender a muchos: no se encuentran diferencias entre la línea política oficial porista, entre el pensamiento y las directrices de la dirección nacional (del Secretario General del Partido, por ejemplo) y los planteamientos y la acción del militante colocado en la situación de indiscutible caudillo obrero. Este hecho llama la atención, porque con no poca frecuencia se producen contradicciones entre los pronósticos políticos de la dirección nacional y la labor cotidiana de los activistas sindicales que no pueden menos que soportar y traducir la presión de las masas preocupadas por sus tareas inmediatas.

Pero, este planteamiento sería inexacto si se insinuase que César Lora fue el arquitecto creador del programa porista (obra colectiva partidista, pero concentrada y potenciada por alguien). No, era, más bien, uno de sus buenos intérpretes, uno de sus magníficos propagandistas. Como sabía dónde le ajustaban los zapatos y estaba lejos de ser un impostor, nunca adoptó poses de teórico; estaba orgulloso de su papel de soldado de la lucha de clases, de militante que transmite a las masas las grandes creaciones teóricas. Esta actitud subraya su grandeza de espíritu. La identidad señalada era el resultado de la asimilación del programa y de la táctica sindical.

Que hubieron discusiones (divergencias) entre César y la dirección de Siglo XX e incluso la nacional (el Secretario General, si se quiere), es evidente y no podía ser de otra manera en un Partido que pone tanto empeño en que el militante piense con su cabeza. Con todo, no se trataban de divergencias programáticas o tácticas de importancia, sino de la forma de comprender una determinada situación política.

Los documentos prueban que tratándose de la acción entre las masas nunca hubieron divergencias entre la línea señalada por la dirección nacional y la actuación de César Lora, que en todo momento demostró, con sus actos, la importancia decisiva que para él tenía el centralismo democrático como piedra angular de la organización partidista.

Expresión de la vanguardia

Identificado con el programa revolucionario, no pudo menos que desarrollar una sistemática y larga lucha contra la burocracia sindical, que echa por la borda los principios y no tiene más norma que el oportunismo. La burocratización constituye la enfermedad más generalizada en el movimiento obrero. La burocracia se configura al emanciparse del control de las bases (condición indispensable para que pueda moverse a sus anchas y a espaldas de sus mandantes de ayer) y al sustituir los intereses de los obreros por otros ajenos. La burocracia cuando no despilfarra los dineros de los obreros destinados al sindicato, negocia con el movimiento sindical y así concluye acuerdos sospechosos con los patronos o el gobierno.

César Lora, juntamente con el POR, comenzaron desarrollando un análisis teórico de la burocratización y sus escritos al respecto son remarcables. El remedio no consiste en la prédica jesucristiana de las bondades de la honestidad, sino en la politización del movimiento obrero. Únicamente el partido revolucionario puede educar a buenos dirigentes sindicales, cuidar de su vertical conducta y responder de sus actos ante las masas. Esto no quiere decir que algún militante porista no se burocratice o no cometa delitos en el ejercicio de sus funciones, pero entonces el Partido lo elimina de sus filas y lo desenmascara ante los obreros. Las camarillas burocratizadas, que se esfuerzan por convertir en reglas principistas sus malos actos, generalmente concluyen como puntales del apoliticismo sindical.

César Lora es recordado como severo censor de las burocracias y como expresión pura de los intereses de la clase. En esta medida se identificó con la vanguardia revolucionaria. En los momentos en que la profunda movilización permitía que el grueso de las masas se soldase con su avanzada, la autoridad e influencia del líder porista llegaba a su punto más elevado. Entonces podía no sólo desafiar a la burocracia (esto lo hacía en todos los momentos) sino oponer el grueso de los obreros a autoridades obsoletas.

La dicho se prueba analizando la experiencia de las más grandes huelgas de la última época. Se ha debido a los poristas y su enorme autoridad ante los obreros, la institución de los Comités de Huelga en los agudos conflictos laborales y como núcleos opositores a la burocracia sindical, esto como una norma. Pero, es necesario subrayar, no se trata de poner en pie un organismo más o un auxiliar de las direcciones sindicales tradicionales, sino de dar forma organizativa a las inquietudes, aspiraciones y dudas del grueso de los obreros, que durante las huelgas se incorporan activamente a la lucha. Los comités de huelga siempre fueron organismos más amplios y elásticos que los sindicatos, desarrollaron y desarrollan profundamente la democracia directa y se distinguen por su extrema agilidad. Es tradición que los comités de huelga siempre se opusieron a la burocracia.

Si bien los aparatos burocratizados se dieron modos de cerrarles a él y a los otros trotskystas el paso hacia las direcciones sindicales, invariablemente fue elegido como presidente de los comités de las más grandes huelgas y en calidad de tal redactó memorables informes, que son, al mismo tiempo, requisitorias agudas contra las direcciones burocratizadas y canales de asimilación crítica de la experiencia adquirida por las masas. En este terreno existe completa identidad entre lo hecho por el Partido y por el líder obrero.

No fue dirigente sindical profesional, pero pesó más que todos os aparatos burocráticos en el campo político-sindical. Fue posible esto en Siglo XX casi de manera natural, debido a las particularidades que presenta en este distrito el movimiento obrero.

Junto al equipo sindical (a la dirección a la que se refiere el Código del Trabajo), y casi siempre colocado frente a él, se encuentra el consejo de delegados de sección, que no solamente son elegidos de manera inmediata por los obreros en los lugares mismos de trabajo, sino que reflejan, a su modo, la permanente presión que las bases ejercitan sobre ellos, de donde provienen su radicalización y su enorme autoridad. Si los delegados acuerdan una determinada línea, la directiva sindical tiene que someterse a ella y no a la inversa. La reunión de delegados fue el punto de apoyo de las grandes campañas timoneadas por César Lora y el escenario que le permitió dar expresión política a las profundas corrientes que se agitaban en el seno de los trabajadores.

De la misma manera, el poderío político del POR en las minas no se mide por el número de poristas que integran la dirección sindical, sino más bien por la identificación de los intereses con los planteamientos trotskystas.

Hay una flagrante contradicción, y a veces un abismo, entre las direcciones sindicales y los desplazamientos que se operan en la conciencia de las masas. Cuando los trabajadores se desplazan hacia la izquierda es cuando se hace evidente el fortalecimiento del POR. Por esto se constata todos los días que la influencia política del trotskysmo, concretizada en la adopción de sus tesis por los congresos y otras reuniones de trabajadores, no se traduce necesariamente en la captura de los puestos de dirección de los sindicatos. Estas observaciones se aplican en su integridad a César Lora. Es un hecho normal que la influencia política de un partido sea más vasta que su organización celular, aquella le permite ir captando simpatizantes y militantes, un proceso necesariamente más lento que la difusión de la propaganda.

Su retrato

El folleto titulado "Así Asesinaron a César Lora" contiene un retrato de nuestro camarada, que es meritorio porque se esfuerza por reflejar fielmente la realidad.

Nació el 15 de agosto de 1927 y cuando fue asesinado por el gorilismo había pasado ya los 35 años, se encontraba en plena madurez política. De él se puede afirmar que nada de lo humano le era extraño, para emplear una expresión de Marx. Decimos esto a fin de desechar la serie de supercherías que los impostores hacen correr sobre sus hábitos personales y políticos. Ni duda cabe que vivió plenamente no sólo en el campo político-sindical, sino también en el personal. Estaba lejos de ser un resentido, sabía que se realizaba totalmente en la lucha. Una silueta trazada de él y de Isaac Camacho por Miguel Alandía con grandes y gruesas líneas, es la mejor expresión de su figura física que se tiene hasta hoy. El desaparecido Alandía tenía suficientes razones para decir que conocía bien a estos militantes poristas. El artista ha querido expresar voluntades y puñados de nervios al servicio de la causa revolucionaria.

Claro que impresionaban mucho sus rasgos asiáticos y el mechón rebelde que daba cima a sus cabeza; pero, su férrea voluntad, su gran pasión por la militancia, se concentraban particularmente en su mentón y su firme mandíbula. Su rostro se ensanchaba en la parte inferior y al aproximarse al cuello, un recio cuello de toro, indispensable para sostener una cabeza decidida a vencer todas las dificultades.

Lucía un bigote descuidado y que acaso se dejó crecer para dar la impresión de una mayor edad que la que tenía; no se debe olvidar que muy joven se entregó de lleno a la actividad política.

Poseemos una fotografía de César Lora hablando ante un micrófono y llevando la vestimenta típica del minero (el lamparín, overol con tiros y una chaqueta vieja, remendada), seguramente tomada en un mitin. Sorprende en su rostro un cierto aire de tristeza y en sus ojos una mirada perdida en la lejanía, que tal vez exteriorice la profunda comprensión que tenía de los problemas de las masas y la certidumbre que no le abandonaba de que la traición de sus "dirigentes" acabaría reduciendo a nada los titánicos esfuerzos hechos por la clase en su lucha desigual. La verdad es que aparece extraño a su auditorio, como si lo observara desde el exterior y no confundido, soldado con él, como es el caso del orador inspirado.

Aparece mejor en esa fotografía tomada en un congreso de obreros (nos parece que en el de San José), cuando desarrollaba una tesis política. De pie, enfundado en un grueso abrigo, dueño de sí mismo y del auditorio. Ahí está íntegro el caudillo, el portador de la línea política revolucionaria, el timonel de la lucha de los explotados, en fin, César Lora.

La noticia del asesinato de César Lora sacudió a todo el país. Miguel Alandía, en una sola jornada y sin que nadie le apremiara, pintó su famoso "Testimonio", como un homenaje al luchador caído y como una vehemente protesta contra el gorilismo. De un fondo tétrico, rezumando tragedia, hecho a grandes brochazos, emerge una figura obrera ciclópea portando en sus brazos al héroe asesinado. Es la clase la que presenta a César Lora como testimonio de su pujanza, de sus luchas, de su calvario y de la bestialidad de sus enemigos. Mensaje y protesta, eso es uno de los mejor logrados cuadros de caballete de Alandía. En "Testimonio" encontramos al pintor en toda su capacidad; se trata de una pintura sincera, producto de la inspiración de un revolucionario. No sólo explota el tremendo vigor y certeza de las ideas trotskystas.

El 29 de julio de 1975, en pleno período de represión, cuando el POR vive los difíciles días de la clandestinidad, un mitin obrero, en pleno centro de la Plaza del Minero de Siglo XX, colocó la efigie de César Lora, tallada por el gran artista indio Víctor Zapana. Esa mole de granito se ha convertido ya en el faro que señala el camino de la revolución proletaria. Los mineros trotskystas desplegaron la roja bandera del POR, pronunciaron discursos y señalaron el enorme significado político de la presencia de César Lora en Siglo XX, que fuera el escenario de sus más grandes batallas libradas en la explotación y tiranía capitalistas. El mártir obrero y porista sigue luchando después de una década de su asesinato.

En su monumento se lee: "Asesinado por la bota militar".

II

JULIO CÉSAR AGUILAR

Un obrero gráfico en el POR

El sector obrero gráfico ha sido el primero en organizarse sindical y políticamente en el país, pero lo hizo como una proyección de los gremios y de la influencia del liberalismo. Al mismo tiempo, es el que más vinculado y próximo se encuentra a los intelectuales, lo que le ha permitido acercarse a las ideas socialistas, aunque teñidas del matiz preferido por los hombres de letras y la élite pequeño-burguesa.

Estas circunstancias explican por qué los gráficos han sido durante mucho tiempo una ciudadela del stalinismo, inclusive de sus manifestaciones más pútridas. El stalinismo apareció en cierta época como una actividad básicamente universitaria; el carrerismo de los intelectuales mediocres encontraba en las filas de la Tercera Internacional muchos estímulos.

No hay por qué extrañarse que los gráficos hubieran aparecido durante décadas como la avanzada de las luchas sociales y como el foco de irradiación de las ideas marxistas. A lo largo de lo que hemos llamado la etapa artesanal del movimiento sindical, los gráficos constituían su indiscutible vanguardia.

En la medida en que el stalinismo sentó sus reales entre los trabajadores gráficos, éstos se mostraron relativamente impenetrables a las ideas trotskystas (decimos relativamente porque la propaganda y programa poristas ha tenido y tiene enorme repercusión entre la opinión pública y están en buenas condiciones para derribar todos los muros). El stalinismo capturó y deformó a los activistas gráficos más interesantes. Hay que anotar que muchos de los portavoces de los gráficos conocieron desviaciones marcadamente nacionalistas, proceso que fue coadyuvado por el stalinismo.

El Partido Obrero Revolucionario, en los numerosos intentos que hizo por penetrar entre los gráficos, sólo llegó hasta la periferia de este sector; no pocas veces se perdió buscando redimir a elementos envidiosos o educar a algunos advenedizos en el gremio. Esto sucedía lamentablemente al mismo tiempo que los mejores exponentes de la organización de los gráficos se empantanaban en la política contra-revolucionaria del stalinismo.

Vale la pena recordar a Waldo Alvarez, en su momento el exponente más conspicuo del sindicalismo de los trabajadores de imprenta y que, en plena vejez, se ha degenerado hasta convertirse en masón de segunda fila, fue muy amigo de José Aguirre Gainsborg, el fundador del Partido Obrero Revolucionario, pero no llegó a asimilar el trotskismo que aquel propagaba por escrito y a viva voz. El joven teórico buscaba influenciar a su amigo y ganarlo para sus ideas; en poder de Alvarez hemos encontrado algunas tesis del dirigente porista. El linotipista Alvarez gustaba de la verticalidad, talento y pasión de su amigo, pero no por esto dejó a un lado el stalinismo que le transmitían sus conmlitones políticos y que se acomodaba perfectamente a sus necesidades de sindicalista y de "dirigente" obrero deseoso de brillar. Estuvo de acuerdo con el equipo intelectual del stalinismo para capitular ante el "socialismo militar" de David Toro y por este camino tortuoso llegó hasta el Ministerio de Trabajo, habiendo ingresado a la historia como el primer ministro "obrero" de un gobierno militar no obrero.

El stalinista Arturo Segaline, también gráfico, fue un notable ejemplo de obrero intelectualizado que llegó a merodear por los campos de la teoría. En los papeles que ha dejado, muchos de ellos manuscritos, se percibe un inconfundible odio al trotskismo y al Partido Obrero Revolucionario, que en ese entonces no era aún muy conocido.

Renegó del Partido de la Izquierda Revolucionaria porque a veces se apartaba de la ortodoxia señalada desde Moscú y formó parte del núcleo que más tarde daría nacimiento al Partido Comunista de Bolivia; desde Vanguardia Obrera señaló para su movimiento una línea nacionalista (pro-villarroelista). Vanguardia Obrera fue una postrer manifestación de la tendencia obrerista que entroncaba en el Partido Comunista clandestino de la tercera década de este siglo, que se concretizaba en alejar a los intelectuales de la dirección del movimiento revolucionario.

Cuando la Tesis de Pulacayo sacudió profundamente a todo el país y aceleró la politización y radicalización de la clase obrera, los gráficos no pudieron permanecer indiferentes y reaccionaron a su modo. Una capa de trabajadores de las imprentas no especializados (especializados son los linotipistas, los que manejan máquinas impresoras de alta técnica, los armadores, los fotograbadores), algunos de cuyos miembros llegaron a la dirección sindical bajo el impulso del grueso de la masa obrera que pretendió rectificar así los desastrosos efectos de la contrarrevolución del 21 de julio de 1946 (esta arremetida obrera estaba dirigida contra el Partido de la Izquierda Revolucionaria y tuvo necesariamente consecuencias en uno de sus preferidos reductos obreros), se aproximó al Partido Obrero Revolucionario y secundó las actividades de este Partido, encaminadas a poner en pie una central obrera que tuviese como eje y dirección al proletariado minero, que eso fue la Central Obrera Nacional, el antecedente más directo e inmediato de la Central Obrera Boliviana. En cierto momento, estos gráficos se convirtieron en el punto de apoyo de

las actividades poristas en el campo sindical. El Partido Obrero Revolucionario combatía a la Confederación Sindical de Trabajadores de Bolivia, fuertemente enraizada en el sindicalismo de tipo artesanal.

Pese a toda su importancia, este contacto siguió siendo periférico, pues el Partido Obrero Revolucionario no logró penetrar profundamente entre los trabajadores de imprenta. Muchos de los primeros militantes gráficos del Partido Obrero Revolucionario abandonaron posteriormente el gremio para dedicarse a otras actividades, pues se trataba, como hemos indicado, de contingentes de relleno y eventuales. Algunas de las experiencias propiamente partidarias están vinculadas a estos elementos. Durante las grandes represiones que soportamos bajo el llamado gobierno del sexenio (gobierno de la rosca) nos vimos obligados a editar nuestro periódico clandestinamente y confeccionarlo nosotros mismos a tipo movible, cuya impresión se hacía en una prensa de libro. Se trataba de un sacrificado y agotador trabajo en condiciones por demás lamentables. Los redactores nos vimos convertidos en tipógrafos. El aprendizaje del nuevo oficio y la preparación técnica del material se hacía bajo la dirección de dichos camaradas gráficos. Mucho más tarde, los chivales con tipos se los llevó la policía en uno de sus múltiples allanamientos a las viviendas de los poristas.

Las consideraciones anteriores permitirán comprender la importancia que tuvo el ingreso al Partido del trabajador gráfico llamado Julio César Aguilar, esto en las postrimerías del segundo régimen movimientista.

¿Quién era Julio César Aguilar?

Julio César Aguilera nació en Oruro y era un genuino hijo de la clase, de esos que arrastran, generación tras generación, los hábitos, la mentalidad, la forma de ganarse el sustento diario y también las limitaciones de los trabajadores.

Sus padres todavía viven en una casita de la zona Norte de la ciudad que muy difícilmente se empina sobre la pampa y los arenales.

Como es de suponer, trabajó, como todos los de su clase, desde muy temprana edad, para costear su sustento diario y ayudar económicamente a su modestísima familia, y no pudo hacer el recorrido habitual por los colegios secundarios, como un ejercicio inútil porque luego la vida se consume en el trabajo asalariado. Su verdadera escuela fue el trajín diario en busca de una remuneración.

Como siempre ocurre, ingresó a las imprentas a realizar pequeños trabajos, como el chico de los mandados; posteriormente llenaba el crisol de la linotipo acesante con los lingotes de plomo todavía con huellas de tinta fresca, cambiada una línea por otra, arrojando la inservible a un tacho, preocupado de las correcciones.. Así su aprendizaje, como le sucede a todo ayudante de linotipista, fue lento, casi amoroso e imperceptible, dominando a la máquina misteriosa, aprovechando sobre todo los descansos. Llegó a ser obrero calificado, pero boliviano, es decir, con muchas limitaciones técnicas, no conoció cursos de especialización y los rudimentos de la gramática española también los adquirió al pie de la linotipo.

Se educó cultural y políticamente en el trabajo cotidiano, en el sindicato y en el Partido Obrero Revolucionario. En todo esto era un auténtico obrero nativo, que en cierta manera es la prolongación del atraso del país.

En su calidad de gráfico calificado percibía, cuando lo conocimos, remuneraciones muy por encima de sus compañeros de oficio. Los linotipistas casi siempre realizan trabajo a destajo, a tantos pesos la columna.

Estaba casado con una mujer buena del pueblo, humilde y sin pretensiones de ninguna especie, excepto la de ser excelente y digna compañera de un trabajador que comenzaba a escalar importantes cargos en el campo sindical y político; esta mujer diligente y siempre atenta, que le dio varios hijos, no leía la propaganda partidista y era Julio César a viva voz lo que buscaba el Partido Obrero Revolucionario en su tensa y agitada lucha. La pareja abrió de par en par las puertas de su casa a todos los camaradas y pronto se convirtió en lugar de reuniones. En nuestras andanzas nos tocó pernoctar en ese hogar, entonces la salita se convirtió en dormitorio. Toda la familia nos rodeó de cordialidad y solicitudes.

Arrastraba la amistad del viejo político e intelectual orureño Josemo Murillo Vacarrea, en quién comenzó viendo al escritor y al portavoz de la intelectualidad de la clase dominante.

Este "socialista" acomodaticio de los primeros años, que fue periodista al servicio de David Toro en 1936 (editó en su tierra natal el periódico "Vamos a ver"), siempre tuvo metido un pie en el Partido de la Izquierda Revolucionaria, aunque no dejó de seguir una línea tortuosa. Curiosamente acabó presentándose como crítico del "izquierdismo" stalinista, crítica realizada desde la derecha. Dejó muy pronto sus veleidades de literato (ha publicado en Buenos Aires un volumen de relatos, "Agua fuertes del Altiplano") para zambullirse de lleno a la sociología, seguramente por considerar que se trata de una actividad científica y más seria que la politiquería.

Sus análisis pretendidamente sociológicos y por demás mediocres, aparecen teñidos de un socialismo pálido. Fue este elemento el que transmitió las primeras ideas políticas a Julio Aguilar y tal vez las primeras críticas al Partido de la Izquierda Revolucionaria (stalinismo), entonces sinónimo de antinacionalismo.

A medida que el obrero gráfico fue politizándose y adquiriendo mayores conocimientos, acabó riéndose compasivamente de su padrino. Efectivamente el intelectual altiplánico apadrinó su matrimonio, allá en la pequeña urbe minera. En la pequeña salita en la que nos recibía (dato que revela que recibía un salario por encima del promedio) se podía ver a Julio C. Aguilar, vestido de negro y domingueramente (traje hecho a medida, nuevo y prolijamente planchado, con desafiante raya el pantalón y unos relucientes zapatos de charol), luciendo una flor en el ojal y del brazo de su joven compañera, ataviada con traje blanco de novia y ostentando un adorno de azahares artificiales en la cabeza. A los lados aparecían la figura magra, negroide, diminuta y presuntuosa de Murillo, también vestido de negro, con una chaqueta cruzada de seis botones y de su esposa, una dama que denunciaba haber nacido en el altiplano y tener la suficiente voluntad para domar al intelectual.

Cuando conocimos a Julio C. Aguilar ya tenía una vasta experiencia sindical. Estuvo en La Paz trabajando en los talleres de algunos periódicos y nos constaba que había mantenido estrechas vinculaciones sindicales y de amistad con el conocido dirigente obrero y militante del PIR Trimo Toro, ya fallecido. Este era un elemento bastante politizado y oriundo de Potosí, llegó al cargo más alto de la Federación Gráfica Boliviana y fue organizador y activista sindical en su tierra natal y en Oruro, donde trabajó en "La Patria" (el periódico fundado por el conocido periodista de derecha Demetrio Canelas). Es en esta oportunidad que trabó amistad con Aguilar, que hizo sus primeras armas de obreros en el mismo periódico.

Aguilar también recordaba a Carvajal (Alanoca), linotipista y columnista, el mismo tiempo, de "La Patria". Carvajal era marofista, enemigo furibundo del pirismo, pero, como todo militante del PSOE, con extrañas vinculaciones con la derecha. No dejó la menor huella en nuestro personaje.

Militancia en el POR

Por todo lo que llevamos dicho, resulta un poco extraño que Julio C. Aguilar hubiese, por propia decisión, buscado e ingresado al POR, al que conocía a través de las crónicas periodísticas que volcaba en plomo.

El stalinismo, a través de Toro, viejo dirigente sindical, ejercía poderosa influencia sobre él; pero se encontraba ya en decadencia y las críticas que había escuchado de él se tornaban evidentes. Políticamente lo que más le impresionó fue la lucha sistemática y clarividente del trotskismo contra el nacionalismo burgués encarnado en el MNR, incluido el lechinismo, y cuyo viraje hacia la derecha y hacia posiciones francamente pro-imperialistas estaba ya fuera de duda. El stalinismo había naufragado durante el experimento nacionalista.

Nuestra labor proselitista directa no llegó hasta Julio C. Aguilar, fueron nuestras ideas, el ejemplo de nuestra rectilínea militancia, que al filtrarse en las páginas de los grandes periódicos, que lo ganaron. Así llegó hasta el POR este magnífico militante, que supo dar pruebas de su total entrega a la causa revolucionaria.

Su militancia y formación política se desarrollaron en Cochabamba, donde el trabajo político muestra las huellas impresas por algunas particularidades de la región. Esto permite comprender por qué tan rápidamente Aguilar ocupó un lugar en la primera fila de la militancia, lo que no es frecuente en el POR.

Cochabamba es uno de los centros urbanos donde se siente con mayor fuerza el peso social del campesinado. Está rodeada de una vasta zona agraria donde se concentran los dueños de pequeñísimas parcelas y que, a su modo, son activos comerciantes que cotidianamente se vinculan con la capital, que más parece una aldea que una gran urbe. El campesino sin tierra o con pegujales diminutos oficia de obrero temporal (peón) y posee entrenamiento en largos peregrinajes por el interior del país y hasta por el exterior. El hombre del agro que ha logrado acumular algún dinero en el comercio hormiga, envía a su hijo a la universidad de San Simón, esto importa subir varios escalones en el aprecio de los vecinos del pueblo. Las fábricas son pequeñas -en esa época lo eran más que ahora-, si se exceptúa "La Manaco" (en la que el POR logró, en cierto momento, mucha influencia); y el proletariado gráfico es prácticamente una gota en un inmenso mar humano. El desmesurado crecimiento de La Paz, que es el eje económico, político, bancario e industrial, ha tenido como consecuencia el nacimiento de una prensa nacional que se distribuye en el día en todo el país, en oposición, la prensa del interior casi ha desaparecido, se reduce a periódicos insignificantes, mal escritos y peor impresos, que apenas si sobreviven en medio de la miseria. En Cochabamba, no sólo el movimiento sindical, sino también el político de izquierda, reflejan esta realidad, están teñidos por la influencia campesina, y siempre ha sido así.

Un estudio cuidadoso del pasado del POR, cuando su dirección nacional se encontraba en la campesina Cochabamba, demostraría que también nuestro Partido no escapó del todo a esta influencia. Después de 1952, en vísperas de la dictación del Decreto de Reforma Agraria y cuando tenían lugar las ocupaciones directas de la tierra por los campesinos, el POR era poderoso en el agro y débil en las fábricas.

Los problemas más agudos de la lucha del proletariado no se plantean con toda nitidez en Cochabamba, esto seguramente porque esta clase social no tiene posibilidades de convertirse en dirección política del proceso revolucionario, los conoce a través de lo que sucede en La Paz o en las minas; las grandes soluciones le son dictadas desde lejos. Por otro lado, la diferenciación entre campesino, obrero y artesano no ha sido aún cumplida plenamente.

La Militancia cochabambina, para alcanzar los niveles más elevados (formación de cuadros), debe dedicarse al trabajo teórico. Se han observado con frecuencia de formaciones en esta tarea: como quiera que el movimiento obrero no impone autoritariamente sus problemas, los estudiosos no tienen ante sí más que cuestionamientos semiartesanales y semicampesinos (un conocimiento antimarxista, en verdad), que no sólo es estéril, sino que lleva aparejado una serie de equívocos. Estos datos, entre otros, pueden ayudar a explicar por qué Cochabamba constituyó la columna vertebral -teórica- de la desviación nacionalista que apareció en 1954 y cuyas manifestaciones eran perceptibles inclusive en 1952.

En contra partida, en un medio en que la militancia es básicamente estudiantil y campesina, esto último en los momentos de mayor auge revolucionario, un obrero (los obreros poristas resultan una excepción), un militante vinculado cotidianamente a la clase proletaria, puede descollar con mucha facilidad; el aspecto negativo radica en que no recibe una adecuada y rápida formación, también en este aspecto Cochabamba sigue a La Paz o a las minas.

Lo que, sobre todas las cosas, distinguió a Julio C. Aguilar fue su total devoción hacia el POR. Convencido de la justeza del programa trotskista, estaba firmemente seguro que lo único digno para un obrero era trabajar por el engrandecimiento del partido revolucionario del proletariado; para él éste era el único camino que conducía a la revolución.

Lo que llevamos dicho exterioriza nuestra gran admiración por Julio Aguilar, con quien, por otra parte, mantuvimos una cordialísima amistad; sin embargo, esto no impide que dejemos sentado que se trataba de un militante en plena formación, que todavía no manejaba los instrumentos teóricos, que no llegó a sacudirse del todo de las limitaciones propias de los obreros, en fin, que no dio los frutos que se esperaban de él. Se encontraba acumulando conocimientos teóricos y políticos y experiencias de su clase, informándose del movimiento revolucionario internacional, recibiendo con sed todo lo que publicaba la organización y estudiando nuestros principios en los momentos de descanso de su trabajo cotidiano.

Durante la militancia de Aguilar, la organización partidaria en Cochabamba seguía viviendo las consecuencias de la gran escisión de 1954; muchos de los activistas habían conocido la embriaguez nacionalista y entonces apenas ensayaban volver a la realidad. Por su profundidad y dimensiones, la escisión de 1954 no tiene paralelo en nuestra historia. La primera consecuencia fue un tremendo debilitamiento organizativo y sólo lentamente y a través de un severo trabajo teórico y político fue posible reconstruir al Partido. Al aflojamiento organizativo fue necesario oponer la tarea impostergable de consolidar y engrandecer a la organización y a ella se abocó de lleno Julio C. Aguilar. En el trabajo práctico demostró que poseía excelentes condiciones para la militancia; aunque se trataba -repetimos- de material en bruto que era necesario pulir. Los acontecimientos, al precipitarse, no dieron lugar a cumplir esta finalidad.

Lo vimos sinceramente entusiasmado -diremos con un entusiasmo tan peculiar en los obreros que manejan la poderosa herramienta del marxismo que les permite comprender lo que sucede a su alrededor- cuando se produjo la lenta y progresiva diferenciación política entre la dirección movimientista y el proletariado. Esa era una de las tesis básicas de nuestra estrategia y de nuestra práctica diaria.

La victoria de nuestro programa acentuó mucho más el entusiasmo de Aguilar y le dio mayores fuerzas para el trabajo dentro del Partido y del movimiento sindical.

Durante las postrimerías del gobierno movimientista era ya un visible activista sindical y prácticamente había conquistado un lugar de preeminencia en los medios obreros de Cochabamba. Iba ganando ascendiente como orientador político de sus compañeros y tuvo descollante participación en las huelgas desencadenadas buscando la libertad de los presos políticos y sindicales. Cuando vinieron el golpe contra-revolucionario de Barrientos, las masacres obreras, el desconocimiento de las direcciones sindicales, la sañuda persecución contra el Partido y contra los obreros, engrandecieron mucho más a Julio C. Aguilar, que desde el primer momento se identificó haciendo frente al gorilismo. El obrero gráfico resultó ser un valioso colaborador y amigo de Octavio Montenegro.

Había quedado sin trabajo debido al descalabro económico del diario "El Mundo", de dudosa línea política y dirigido por el aventurero stalinista Víctor Zanier (militó en el PIR y estuvo estrechamente vinculado con el PCB), y aprovechó la circunstancia para viajar a Oruro, tanto con motivos personales como buscando conectarse con los organismos partidistas. Es en esta oportunidad que cambió ideas con César Lora e Isaac Camacho, a quienes ya conocía y que habían instalado su cuartel general en Oruro para poder dirigir mejor los sindicatos clandestinos. El encuentro tenía como eje el problema de cómo organizar mejor la lucha anti-gorila.

Su secuestro

De las discusiones con César Lora y Camacho, Julio Aguilar sacó en claro una conclusión: la táctica correcta del momento consistía en el fortalecimiento y ensanchamiento de los sindicatos clandestinos, que habiendo nacido entre los mineros, por la acción decisiva de los líderes puristas, se expandía con mucha dificultad hacia los otros sectores. Como siempre, uno de los graves problemas en el período de clandestinidad consistía en dotar a los trabajadores de una dirección sindical única para todo el país, cuya solución, como enseña la experiencia, guarda estrecha relación con la fortaleza o debilidad del partido revolucionario. El objetivo era poner en marcha a la COB clandestina.

¿Cómo vencer la resistencia, cobardía y actitud capitulante de los elementos stalinista y burocratizados, que se empeñaban en concluir componendas con la autoridad? Únicamente con ayuda de la actividad incansable de las organizaciones de base. No puede desconocerse que la lucha clandestina está preñada de enormes dificultades, y seguramente la mayor radica en la incomprensión de esta forma de lucha por parte del grueso de los obreros. Tampoco debe ignorarse que la propaganda revolucionaria encuentra múltiples dificultades para llegar hasta las masas.

El sindicalismo subterráneo nació en Siglo XX, auténtica avanzada del sindicalismo y la concentración proletaria más importante del país. Se extendió a las demás minas, que se fueron incorporando al combate lentamente y de manera desigual. Apenas si encontró respuesta positiva en los demás sectores laborales.

En esos momentos, la victoria de la lucha contra el gorilismo dependía, en gran medida, de que todos los explotados Pusiesen en pie sus sindicatos clandestinos y en la cúspide del movimiento a la Central Obrera Boliviana, para lo que se precisaba bastante tiempo, tiempo que marchaba contra el movimiento obrero. No se trataba de suplantar a las bases obreras por una sigla, sino de encontrar la forma en que la voluntad y empuje de éstas se expresasen en el pensamiento y acción de los dirigentes moviéndose en la ilegalidad. Las organizaciones clandestinas ya no pueden contar, al menos de una manera normal, con las asambleas de obreros; en cierta manera concentran su vida diaria en el núcleo de activistas decididos a continuar la batalla, no importando en qué condiciones. Es esta su fuerza, tratándose de burlar la vigilancia policial, de imprimirle agilidad de movimientos y de dotar a los sindicatos ilegales de una dirección homogénea y capaz (dirección heredada en gran medida de las luchas pasadas); pero, también, es su debilidad porque puede concluir aislándose totalmente de las bases y concluir siendo un comando sin tropa, puede apartarse totalmente de las tendencias que se agitan en el seno de las masas.

Lora y Camacho discutieron con Julio C. Aguilar no los alcances de la línea política del Partido, en este aspecto los tres camaradas estaban completamente de acuerdo, soldados integrados con el POR, sino de la manera práctica de efectivizar la línea, es decir, de impulsar el movimiento de los sindicatos clandestinos y lograr una perfecta coordinación de la cúpula dirigente en escala nacional. La dirección política de los sindicatos clandestinos estaba en manos del POR.

Aguilar paraba en la casa de sus padres y caminaba libremente. Las charlas transcurrieron en la zona Norte bajo el soleado y transparente cielo de invierno orureño.

Ya se sabe que Lora y Camacho concentraban prácticamente la dirección de los sindicatos clandestinos de Siglo XX y también del resto de las minas, automáticamente se convirtieron en caudillos nacionales. La palabra de estos líderes era escuchada y seguida. Ambos se trasladaban periódicamente a Siglo XX para realizar asambleas relámpago en el interior de la mina..

Después de estas discusiones, alrededor de problemas organizativos, sindicales y también partidistas, se acordó que Aguilar volviese a Cochabamba para vigorizar al movimiento sindical clandestino y contribuir al ajuste del aparato del Partido.

No todo se reducía al problema sindical, la dirección y lo mejor de la militancia porista, tenían ante sí una otra cuestión y seguramente de mayor significado que los sindicatos clandestinos (no está en discusión la importancia de éstos en el movimiento revolucionario): el debido funcionamiento del Partido tan golpeado por la represión, que aparecía como la indiscutida, auténtica y esclarecida dirección de las masas, esto en las duras condiciones de la clandestinidad. El gobierno militar sabía que para acallar a los obreros y destruir a los sindicatos clandestinos era necesario aplastar al POR. Desde el momento en que se fue dibujando la diferenciación política entre las masas y el MNR, el POR se transformó en el timonel de lucha contra el nacionalismo, que cobró dimensiones colosales alrededor de 1964. De una manera natural, el trotskismo devino la dirección de la arremetida contra el gorilismo barrientista, que masacró a los obreros y empujó a la clandestinidad a las organizaciones sindicales y revolucionarias.

El paso a la ilegalidad trajo consigo un desajuste organizativo en el Partido y surgió el problema apremiante de condicionarlo a las nuevas exigencias. Los dirigentes políticos estaban obligados a tener en cuenta, al mismo tiempo, ambos aspectos de la acción revolucionaria: los sindicatos y el Partido. Algunos testimonios escritos dejados por César Lora e Isaac Camacho hablan de esta cuestión. La actividad desarrollada por Julio César Aguilar confirma que no era ajeno a tales preocupaciones.

Hay que aclarar que no se trataba de una discusión entre esos elementos y parte o la totalidad de la dirección partidista sobre tales temas, sino de una actividad consciente y militante que se encaminaba a superar las deficiencias partidistas que todos percibían, sino más bien, de una acción conjunta frente a las masas.

Aguilar llevaba el encargo de poner en marcha los sindicatos clandestinos y de superar las deficiencias de la organización partidista en Cochabamba. Es de presumir que algunos obreros llegaron a conocer, por confidencias hechas por nuestro personaje, sus preocupaciones e intenciones en el aspecto laboral y tal vez también que mantenía contactos con la dirección del movimiento clandestino minero, se había convertido en presa apetecible para los organismos de represión.

Se puede asegurar que no bien dio los primeros pasos conspirativos en Cochabamba estaba ya bajo vigilancia policial. Hay que descontar que incurrió en errores y deslices por su apresuramiento en cumplir su tarea y también como resultado de la flojedad organizativa del Partido.

El que tiene la menor experiencia en estas actividades, sabe perfectamente que los organismos de represión detectan la presencia de elementos peligrosos a través de confidentes incrustados en los lugares de trabajo, en las universidades, en las organizaciones de masas, en los cafés y en las cantinas. Existe la posibilidad (por no decir la certeza) de que J. C. Aguilar hubiese, involuntariamente (acaso por no haber calibrado el peligro en todo su alcance y seguramente por ignorar que existía la orden dada por el Ministerio de Gobierno de eliminar físicamente a la dirección del Partido Obrero Revolucionario), dado a conocer algunos datos del viaje de César Lora e I. Camacho a realizar asambleas y conectarse con los sindicatos clandestinos de las minas, pues existe la certeza de que éstos fueron seguidos desde que partieron de la ciudad de Sucre con rumbo a Siglo XX.

El Partido Obrero Revolucionario de Cochabamba no abrigó la menor sospecha de que Julio César Aguilar que retornaba era vigilado por la policía, más bien y teniendo en cuenta que no era todavía un elemento demasiado visible ni identificado, consideraba que podía moverse libremente y activar en el plano sindical.

Dos días después del asesinato de César Lora en las proximidades de San Pedro de Buena Vista, el 31 de julio de 1965, Julio César Aguilar fue secuestrado por agentes de policía cuando salía de una cantina y desapareció para siempre, sin dejar huella alguna.

No hay la menor duda de que fue asesinado por sus raptores, probablemente por elementos destacados exprofeso desde la ciudad de La Paz por Antonio Arguedas, que ya actuaba como agente doble, tanto del castrismo como de los servicios de inteligencia norteamericanos.

El crimen muestra las huellas inconfundibles de la CIA norteamericana, vivamente preocupada en hacer desaparecer a la red de dirigentes y militantes, considerada como dirección del Partido Obrero Revolucionario, tipificado en ese momento como el mayor peligro para el imperialismo norteamericano y para el gobierno boliviano que estaba a su servicio.

Movilizamos a todo el Partido para buscarlo a lo largo y a lo ancho del país, principalmente por la región cruceña, sospechando que podía haberse trasladado a esta zona en busca de trabajo.

La policía no dio explicación alguna de lo que había hecho. No se pudo encontrar las huellas de su paso por los calabozos policiales.

A las protestas y denuncias del Partido Obrero Revolucionario se sumaron, casi seguidamente, las reclamaciones a las autoridades del gobierno boliviano de parte de las organizaciones sindicales de gráficos, que tampoco tuvieron resultado alguno.

Igual que a los militantes poristas asesinados por el gorilismo, el congreso cobista y, más tarde, la Asamblea Popular, los declaró mártires del movimiento obrero boliviano.

La militancia porista puede aprender mucho de la lucha emprendida por este obrero gráfico y también cómo debe actuarse en la clandestinidad, pues no tiene que olvidarse que la actividad diaria del Partido Obrero Revolucionario es conspirativa.

III

ISAAC CAMACHO

Su origen

Isaac Camacho Torrico nació en la población minera de Llallagua (población civil de Siglo XX -la ciudad del campamento minero- y capital de la tercera sección de la Provincia Bustillo, en la mentalidad rudimentaria de los burócratas es una capital de menor importancia que la campesina Chayanta), en el seno de una familia dedicada a los negocios. En esa zona minera viven todavía sus familiares y éstos y su madre son tradicionalmente fabricantes y expendedores de chicha.

En los centros mineros, el lugar donde se expende esta bebida tradicional es el escenario de las charlas y de las actividades sociales. Su madre habita una casa en el barrio llamado Chaqui-Mayu (Río Seco), riachuelo mineralizado que separa Siglo XX de Llallagua, cerca de la estación ferroviaria y de Socavón Cancañiri.

Desde sus primeros años estuvo familiarizado con la explotación, la vida llena de riesgos y las periódicas explosiones de rebelión de los mineros, todo esto definió y marcó a fuego el curso de su vida futura.

Habiendo venido al mundo en un medio obrero, que transcurre como una novela y una tragedia, concluyó retornando a él como hechizado, no pudiendo huir, abandonó todo para vivir y morir como obrero. Personificó al minero como epopeya.

Sus padres, que podían disponer de algún dinero, estaban empeñados en que se traslada a una gran ciudad, estudiase, se hiciese profesional y se alejase para siempre de las minas. Para ciertas capas de la clase media el ser minero -khoyaruna- es una maldición.

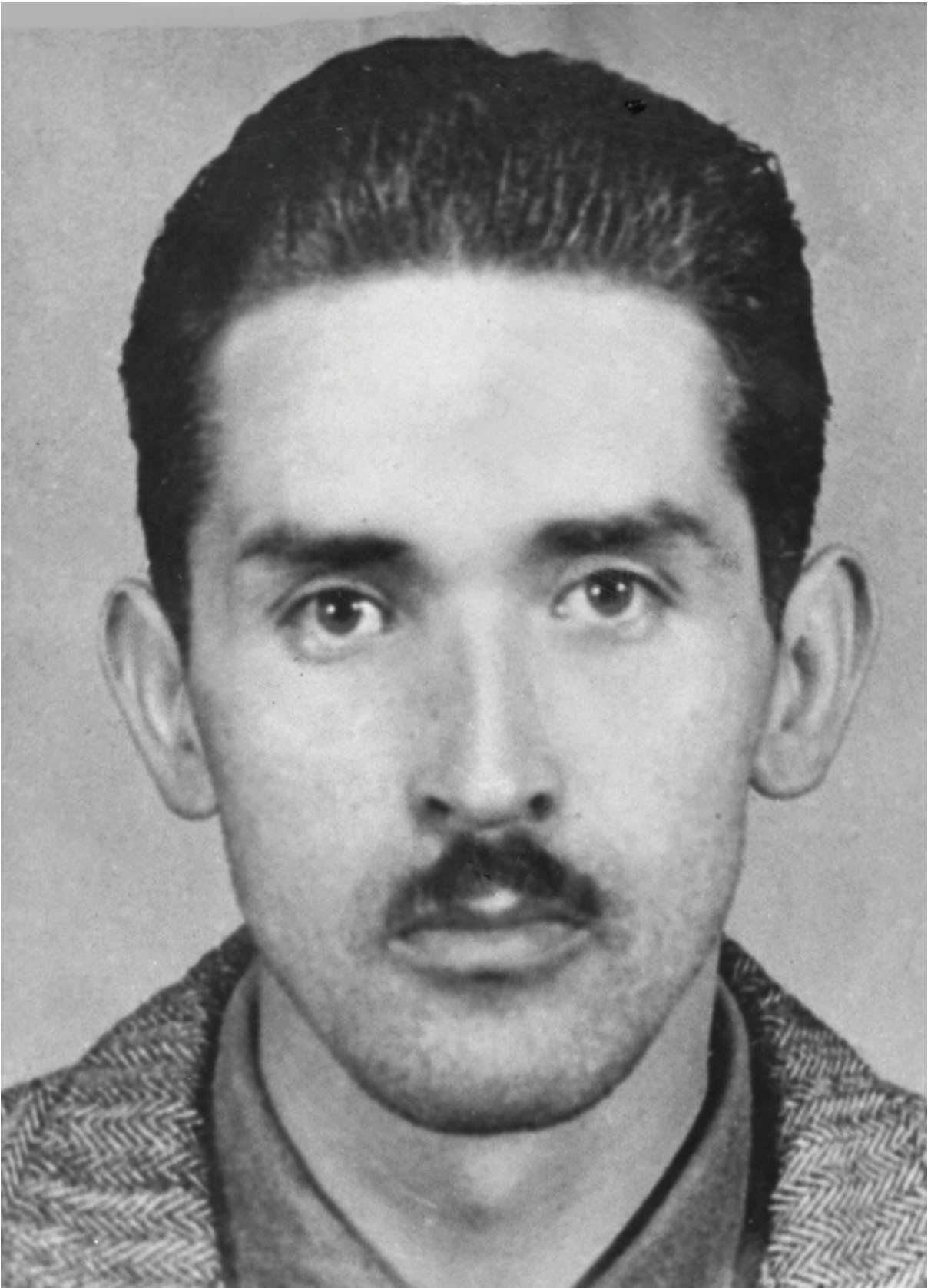
Su madre, después de un rudo y persistente trabajo, logró acumular algunos ahorros. Es tradición que las libras esterlinas que amontonaban los contratistas del interior de la mina en los períodos de boya de las vetas iban a parar irremediamente a las chicherías. Entre la amplia capa de comerciantes (dientes indispensables o parasitarios del gran engranaje de la explotación capitalista), los que negocian con coca (llamados cocanis) y con chicha son los que logran amontonar dinero y luego se dedican al transporte o la usura, que da jugosos dividendos en centros muy activos y sin bancos. Sus hijos son enviados a las ciudades a estudiar en colegios particulares y, a veces, en la universidad. Pagar por la educación de un vástago es considerado como rasgo de distinción social.

Isaac Camacho saltó de la escuela pueblerina al Instituto Americano de La Paz, colegio que gozaba de fama entre la clase media con ingresos por encima de los mínimos. En la urbe paceña hizo deportes, ganó amigos, estudio sin mucho éxito y bien pronto fue ganado por la bohemia y se fue deslizándose por la abrupta pendiente de la vida desordenada. En cada vacación iba a su pueblo a lucirse, ostentando buena vestimenta, con dinero en los bolsillos y buscando brillar entre los atónitos amigos, lo que, en cierta manera, no disgustaba a su diminuta, adusta y severa madre.

Se trata de un fenómeno común entre los jóvenes provincianos: quieren subrayar ante todos que son estudiantes en un colegio de categoría, en fin, de gente decente. Sus poses eran de hijo de familia rica y algo de este airecillo siguió conservando por el resto de su existencia. Lo vi en situaciones de estrechez económica, llevando una vida dura junto a su joven buena moza compañera, pero inmediatamente se olfateaba que le agradaban algunos refinamientos en la mesa, en la vestimenta, etc. En este aspecto era todo lo contrario de César Lora, que llevó una vida de una simplicidad increíble. Sin embargo, Isaac Camacho tenía el suficiente valor para hacer frente a la miseria y a las incomodidades, como lo demostró en la clandestinidad y en las varias ocasiones que quedó cesante.

Uno de los episodios más ignorados y oscuros en la vida es su permanencia en La Paz, después de que abandonó el Instituto Americano. Había fracasado como estudiante y su recia energía los empujaba por el despeñadero. Durante los últimos años de su estadía en la gran urbe habitaba una covacha en una callejuela próxima a la popular y bulliciosa avenida Buenos Aires, una arteria importante, llena de gente y de pestilencia. Se movía casi sin salir de la populosa zona, pero no, precisamente, en un barrio obrero, sino, más bien, donde predomina el lumpen. En este ambiente turbio de charlistas, parlanchines y aventureros tomó contacto con nuestras ideas. No pocos ex-obreros, desocupados que deambulan por las cantinas y estudiantes venidos a menos, son los hilos conductores que llevan algunas de las manifestaciones del movimiento revolucionario a ese sub-mundo.

El que fuera joven provinciano, elegante y derrochador, fue ganado por el alcohol. En cada viaje a Llallagua substraía dinero y joyas a la ya envejecida madre y eran rápidamente trasladados a las cantinas oscuras, sucias y exudantes de reyertas. Deambulaba por los vericuetos de la zona alta de La Paz junto al hijo de un famoso músico y bohemio



ISAAC CAMACHO

paceño, que en verso y notas le cantó al Illimani, que desde allí se lo ve muy imponente.

Como se acercó al POR

Es en este período de su vida que lo conocimos, cuando, en uno de sus momentos de lucidez, tomó contacto con el Partido y lo hizo a través de su amigo íntimo de bohemia, con quien manteníamos relaciones a través de un dirigente sindical minero que acabó muy mal.

Era un hombre sediento de cariño, de alguien en quien volcar sus preocupaciones e inquietudes, por eso siempre lo encontramos al lado de un amigo. Más tarde, César Lora fue para él su camarada, hermano y amigo inseparable.

Su primer contacto con el POR fue, diremos, fugaz. Leía la propaganda, asistió a algunas charlas de capacitación y su actitud más atrevida consistió en plegarse a un piquete de vendedores de "Masas" por las calles, empresa que ofrecía muchos riesgos porque teníamos que afrontar a la policía y a nuestros adversarios políticos. Isaac Camacho dio pruebas, desde el primer momento, de su gran valentía, estaba siempre dispuesto a afrontar grandes y pequeños riesgos. En ese período difundíamos nuestras publicaciones voceando por las calles y cada venta se convertía, rápidamente, en un verdadero mitin. Lanzábamos consignas en aymará y castellano y hasta nos dábamos modos para explicar en viva voz el contenido de nuestra línea política.

Para nosotros, en ese entonces, Camacho no era más que un estudiante y no conocíamos con precisión su forma de vida ni sus fracasos en el colegio. Grande fue nuestra sorpresa cuando lo buscamos en su refugio y descubrimos que había caído bajo las garras del alcohol. La bohemia, sus amigos, tuvieron más fuerza que su primer contacto con el POR. Un buen día desapareció simplemente y durante varios meses, acaso un año o más, no supimos nada de él.

Su militancia

Inesperadamente un buen día se recibió del Comité Regional porista de Siglo XX un informe danto la nueva de que un tal Isaac Camacho se había aproximado a los camaradas de las minas, invocando el antecedente de sus contactos con el Partido en La Paz. La dirección nacional hizo conocer todos los aspectos negativos que se habían observado en este curioso elemento, subrayando sus debilidades y poniendo en guardia al Comité Regional.

Seguramente Camacho hizo profunda y silenciosa autocrítica de su vida transcurrida hasta entonces y, en consecuencia, resolvió reencontrarse consigo mismo, dar nuevo rumbo a su existencia. No le faltaba coraje ni voluntad para imprimir un giro de 180 grados a su modo de vivir. Resolvió contratarse en la Empresa Minera Catavi e ingresar a trabajar en el interior de la mina precisamente, a fin de soldarse con la clase obrera y tomar en serio la militancia política, porque sabía que sólo así será un verdadero revolucionario, un obrero consciente. El POR realizó sistemática campaña en sentido de que el Secretario General y otros altos dirigentes del sindicato debían ser obreros del interior de la mina y no empleados. Directamente, y a pedido suyo, Camacho fue incorporado a la peligrosa sección Block Caving. Es indudable que con mucha ventaja podía beneficiarse personalmente con un cargo de empleado y así iniciar la carrera arribista en seno de la burocracia, pero rechazó conscientemente todo esto y dio su gran salto.

En el Partido concluimos dispensando una gran estima y cariño al magnífico militante y activista que llegó a ser Isaac Camacho, como resultado de su gran decisión y dedicación al trabajo diario. Lo que más arriba está escrito es porque corresponde exactamente a la verdad y porque nos muestra un ejemplo excepcional de radical modificación del curso de una vida. Se puede decir sin reservas que el POR salvó a Isaac Camacho.

No se puede decir que Camacho, como muchos otros, llegó al Partido adolescente, lo encontramos cuando ya maduraba su juventud. Se hizo militante de verdad después de haber recorrido mucho mundo. No pocas veces chocamos con elementos que tenían metido un pie en la bohemia y con algunos que inclusive estaban girando cerca del lumpen. Pero pocos, muy pocos, fueron salvados por la pasión política. En Camacho el programa y la militancia hicieron milagros, lo que prueba que calaron muy hondo: fue definitivamente arrancado de la bebida y todas sus energías, toda su vida, se orientaron tensamente hacia el trabajo político y la revolución. Viéndolo maduro en todo sentido era ya otro; era imposible reconocer en él al estudiante fracasado que daba tumbos de boliche en boliche. Este nuevo Camacho, producto íntegro de Siglo XX y no de La Paz, es el ejemplar militante porista. Se puede añadir que actuó poderosamente el medio obrero, anulando todo lo que estaba a punto de destruir la pequeño-burguesa urbe paceña.

Entre Isaac Camacho y César Lora fue cultivada una estrechísima amistad y cooperación, no solamente llegaron a ser camaradas inseparables, sino hermanos. Ambos habían encontrado un nuevo hogar y una nueva familia en el Partido Obrero Revolucionario. Era perceptible la comunidad y hasta identidad de ideas que subrayaban esa admirable y nunca enturbiada amistad. En pequeño, se repetía el caso de Carlos Marx y Federico Engeis. Cuánto idealismo y renunciamento a los intereses personales de ambos amigos. Vimos a Isaac Camacho seguir y apuntalar leal y abnegadamente los proyectos de crear cooperativas mineras con los trabajadores que habían sido despedidos



**Izq. HÉCTOR SANCHEZ, ISAAC CAMACHO, FLAVIO AYAVIRI, GUILLERMO LORA, FILEMÓN ESCÓBAR
Y CÉSAR LORA**

en masa e inclusive en la riesgosa empresa de dar carácter multitudinario al juqueo.

En todas las discusiones internas habidas en el seno del Comité Regional de Siglo XX y del mismo Partido, Camacho estaba invariablemente en la misma trinchera que César Lora y en la actuación exterior frente a las masas era imposible trazar una línea de separación entre lo que decían o hacían ambos para tornarla acción personal. Cuantas veces Isaac Camacho cedía gustoso a César Lora el relumbrón del éxito; esto habla de su grandeza de espíritu.

Claro que Isaac Camacho no tenía la inteligencia penetrante de César Lora, ni su gran capacidad para dirigirse y dominar a las masas; era, más bien, el discípulo. No es difícil imaginar que Camacho ocupó, casi naturalmente, la segunda fila al lado de su amigo. Camacho no tenía nada de impostor, de falso, era un auténtico revolucionario, lo que se demuestra al observar que gustoso aceptó la jefatura de César Lora, lo apoyó y exaltó toda vez que pudo.

Se distinguió también por su gran capacidad innata para aglutinar a simpatizantes y militantes alrededor suyo, por su paciencia para organizarlos y enseñarles los principios del marxismo y de nuestro programa. Era un magnífico activista y organizador. Atendía, entre otras, las células de militantes de Miraflores y Uncía; varias veces a la semana realizaba largas caminatas para impulsarlas. En su sección del interior de la mina, en la que predominaban los campesinos analfabetos, reunía en los momentos de descanso a militantes y simpatizantes para leerles y explicarles, muchas veces en quechua, los artículos fundamentales de "Masas", que consideraba era un instrumento indispensable e irremplazable para la actividad política cotidiana. Es a partir de esta experiencia permanente que el periódico del Partido Obrero Revolucionario desarrolló la técnica de tratar todos los temas en lenguaje muy sencillos y en una extensión que no pasaba de una carilla de formato mayor.

En su trabajo se percibe el afán de agotar todas las tareas cumplidamente, sin dejarlas para mañana; tal vez esta dedicación apasionada a los deberes del militante se debía a su convencimiento de que en la sección Block-Caving del interior de la mina los obreros solamente resisten tres o cuatro años del rudo trabajo.

Había llegado a la misma conclusión a la que llegan todos los que tienen que exponer breve y sencillamente los objetivos y métodos de lucha poristas: dominar a la perfección la teoría y los principios políticos marxistas para poder simplificarlos.

Tomó muy en serio su capacitación teórico-política. Era una especie de archivero de las publicaciones partidistas, siempre amenazadas de desaparecer como consecuencia de la persecución policial o de las incomodidades que soporta el militante en su vida. Las tenía prolijamente clasificadas y empastadas y formó una regular biblioteca marxista, que servía a todos los componentes del Comité Regional de Llagua. En este plano mostraba orden y cuidado, factores que equilibraban el tremendo desorden que se observaba en César Lora toda vez que le tocaba manejar papeles.

Esta pasión por las hojas impresas, por los libros, no trajo Camacho del colegio, sino que la adquirió en el Partido Obrero Revolucionario, que ha logrado alejar sus militantes de la bebida y de la vida superficial, para empujarlos por el camino del estudio y de las largas lecturas.

Camacho acompañó a César Lora en todas las luchas sindicales y políticas, en las grandes huelgas y estuvo junto a él en el momento de su asesinato. Testigo presencial del alevoso crimen, estaba él mismo condenado a la muerte, así pagó su fidelidad al trotskyslismo y a ese alto precio se perfiló como militante revolucionario modelo.

Lora y Camacho se enfrentaron, en definitiva, con la CIA norteamericana, de la cual los organismos de represión criollos no son más que sus simples auxiliares. Isaac fue uno de los protagonistas infaltables de las grandes luchas libradas por el Partido Obrero Revolucionario en las huelgas, en las manifestaciones, en los congresos obreros y en la actividad diaria en el seno de los explotados.

Su personalidad se fue tallando en esta dura brega, todo en él era auténtico, sin huella de oportunismo, de falsificación o de imposición burocrática. Fue conquistando puesto tras puesto en la militancia y en la jerarquía partidista, sin jamás recurrir a la maniobra o al contubernio burocrático, inconcebibles en una organización marxleninista-trotskyista y que tiene, como basamento el centralismo democrático y la crítica y autocrítica. Emergió como todo un líder durante la formación y lucha de los sindicatos clandestinos, mostró la fortaleza de su personalidad y de sus convicciones en la dura prueba de la represión y de la clandestinidad.

Cuando César Lora fue asesinado (el Partido Obrero Revolucionario perdió entonces a su líder obrero más calificado), Isaac Camacho estaba seguro que su misión inmediata consistía en llenar el vacío dejado por su gran amigo, tanto en la actividad partidista como sindical, y es entonces, en una situación tan difícil, que hace los mayores esfuerzos para superarse y tomar con toda responsabilidad el papel de dirigente político y laboral.

Lo vimos por última vez en el entierro de César Lora. Estaba a la cabeza de la imponente y rugiente multitud que ganó las calles de Siglo XX y Llagua, desafiando a las ametralladoras (no hay que olvidar que nos encontrábamos bajo la dictadura fascista de los gorilas), desafiando a las ametralladoras, para exteriorizar su repudio a los generales asesinos. Habló en la contrahecha plaza de Llagua, casi en las puertas del local policial, no para decir adiós al

camarada que quería entrañablemente o para sollozar de dolor, sino para fijar con claridad y energía el camino que quedaba por recorrer, que le quedaba a él mismo recorrer al encuentro de su propio sacrificio. Si César Lora había caído asesinado alevosamente era necesario luchar para vengarlo, sin miedo alguno a la muerte.

En ese imponente marco humano, en el que todos tenían los nervios tensos, Isaac Camacho se incorporó del seno del mar de guardatojos y cinturones de dinamita (las consignas de la Tesis de Pulacayo aparecían materializadas), de mediana estatura, con el cuerpo nervudo y un poco inclinado hacia adelante, los cabellos al viento y ligeramente ondulados, los ojos centelleantes, el rostro enérgico y marcado por las profundas huellas dejadas por el rudo trabajo y las dificultades de la actividad política, la voz como siempre calibrada para dar órdenes y explayar consignas, pero esta vez, esa voz que fue siempre enérgica, pareció algo trémula.

Desde entonces recorrió los vericuetos de la vida clandestina, de las cárceles y del confinamiento, hasta caer asesinado en manos del sicápata y agente de la CIA, Antonio Arguedas, a la sazón ministro de Gobierno del contra-revolucionario gobierno barrientista.

Se trasladaba frecuentemente a Siglo XX para realizar asambleas en el interior de la mina, para colocarse a la cabeza de los explotados toda vez que la burocracia de la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia faltaba por miedo, incuria o por estar absorbida en sus trajines en busca de reconciliación con los masacradores.

En medio de la batalla, esto en vísperas de la masacre de San Juan, los mineros reunidos en los pasillos de los socavones, lo designaron Secretario de Relaciones de la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia, subrayando de esta manera que para ellos el dirigente porista era el auténtico caudillo obrero, el heredero de César Lora.

En septiembre de 1965 fue apresado en las afueras de Llallagua, en la casa de un camarada, para ser conducido a Alto Madidi y luego encerrado en el penal de San Pedro de la ciudad de La Paz. Desde la cárcel apoyaba, dirigía y defendía a los mineros. Escribió una emocionante carta a los mineros potosinos por la ayuda financiera prestada a los deudos de la masacre de Siglo XX de septiembre. En la cárcel conoció la cálida y sincera adhesión de los obreros de base.

Sobrevivió a la masacre de San Juan, pero por poco tiempo el primero de agosto de 1967 "Presencia" publicó una pequeña notícula anunciando su nuevo apresamiento.

Ante las protestas y reclamaciones, el ministro de Gobierno Antonio Arguedas sostuvo que el 9 de agosto de ese año fue embarcado rumbo a la Argentina, lo que después se comprobó que era un dato falso con la finalidad de desorientar a quienes exigían su libertad.

Hemos conocido un telegrama del subprefecto de Uncía a los servicios de inteligencia denunciado que el arsenal de armas del POR había sido enterrado por Camacho. Se lo sometió a torturas y murió así, seguramente entre la fecha de su apresamiento y el 9 de agosto.

Detenido en el distrito de Siglo XX fue trasladado a Oruro, donde fue interrogado por las autoridades militares y luego llevado a la ciudad de La Paz. Algunos prisioneros políticos indicaron que se lo vio encadenado en la seccional policial de Pura-Pura.

Isaac Camacho desapareció para siempre, no tuvo entierro, no hubieron discursos en su memoria, pero ingresó legítimamente al corazón y la mente de los explotados y de los revolucionarios.

Demasiado humano

En uno de sus viajes a La Paz recuperó sus efectos personales desparramados en su época de bohemio. Llevaba consigno un jarro y una regla labrados a mano por su padre en recia y olorosa madera, esto cuando le tocó actuar en la guerra del Chaco.

Sentía apego por esos objetos, exteriorizando así el gran cariño que sentía por su progenitor.

Seguramente este es uno de los aspectos que la militancia porista desconoce de la dura vida que llevó Isaac Camacho. En un rasgo de sincera fraternidad, que nosotros apreciamos en todo su significado este gesto, depositó en nuestras manos jarrón y regla, que para él eran de valor inestimable.

Isaac Camacho era todo un hombre bien templado. Su valentía lindaba en la temeridad y estaba siempre dispuesto a afrontar los mayores peligros que supone la militancia revolucionaria conspirativa.

Pero, al mismo tiempo, era demasiado humano, vivía sediento de ternura y siempre dispuesto a prestar ayuda

al que la necesitaba. Fue un gran compañero para su esposa y un excelente padre. Sentía apego de amigo y de hijo por el envejecido y bravo padre de César Lora, que a su manera apuntaló la lucha por la victoria de las ideas revolucionarias, de los explotados.

Muchas veces vimos que en sus correrías de conspirador clandestino apenas llevaba un pequeño maletín con alguna ropa interior y antes de ser apresado por última vez lo dejó en la casa de quien escribe estas líneas. El mártir obrero no dejó más herencia que esos trapos usados a su familia (mujer y dos hijos).

Ese admirable luchador dio su vida por la causa obrera y jamás exigió recompensa alguna. Isaac Camacho fue la encarnación misma de la honradez y de la total entrega a la revolución proletaria.

Como en todo revolucionario gigante, en Isaac Camacho la bravura sin paralelo que mostraba en el combate, la firmeza de acero en su conducta cotidiana, se soldaban con la fraternidad, la tolerancia, la dulzura en el trato a los suyos y a sus camaradas de partido.

Destructor del viejo orden social, enemigo jurado de la burguesía y del campesino, cultivaba con pasión y paciencia los gérmenes de la nueva sociedad sin explotados ni explotadores, que se encuentran en la maduración necesaria de las fuerzas productivas, que se sintetizan en la producción social.

El revolucionario sale de las entrañas de la vieja sociedad, pero es ya anticipo del hombre del futuro, que culminará en el comunismo. Si observarnos al luchador Isaac Camacho, en esa especie de contradicción entre el luchador empecinado, capaz de todos los sacrificios y, al mismo tiempo, lleno de ternura hacia los débiles, hacia los suyos y hacia sus camaradas de lucha y de partido, se descubrirá la ratificación de nuestro planteamiento.

Julio de 1975